primera vista
primeravistalibros.com

Obra: *Arqueología y género / Margarita Sánchez Romero (ed.)*

Publicación: Granada : Editorial Universidad de Granada, 2005

Contenidos: Género y arqueología: una nueva síntesis (Páginas 13-51)

Arqueología y género
Granada : Editorial Universidad de Granada, 2005

GÉNERO Y ARQUEOLOGÍA: UNA NUEVA SÍNTESIS[1].

MARGARITA DÍAZ-ANDREU*

En estos últimos años los estudios de género se han convertido en uno de los principales campos de investigación en la arqueología anglosajona, aunque su influencia ciertamente se ha venido extendiendo ininterrumpidamente a otros países fuera de este área. El empleo del término «género», y no de «sexo», puede resultar extraño al no iniciado. «Género» es un préstamo de la gramática cuyo uso actual tiene, como explicaré, apenas unos treinta años y con él se pretende resaltar que su significado es, precisamente, distinto al de «sexo». Es curioso, permítaseme apuntar aquí, cómo en castellano no hemos tenido ningún problema —o casi ninguno— en adoptar este término, mientras que sí ha habido cierta oposición en francés (Coudart, 1998: 66-67) y resulta difícil, por las connotaciones que tiene, su traducción en alemán como *Geschlecht* (Kästner, 1997). Este buen comienzo, el de la aceptación del término, no viene acompañado, sin embargo, de una empleo frecuente del mismo. Como Paloma González Marcén se preguntaba hace poco «¿por qué contamos en España con una fértil y pujante investigación de y sobre mujeres en geografía, en sociología, en antropología, en filosofía, en historia y

* Department of Archaeology, University of Durham, Reino Unido.

1. Este artículo está en parte basado en Díaz-Andreu (2000). Agradezco a Margarita Sánchez Romero su invitación a impartir docencia en el curso de Arqueología y Género celebrado en la Universidad de Granada en marzo de 2003 donde pude disfrutar de la compañía de muchas otras profesoras y un interesado e interesante alumnado.

por qué no en arqueología? ¿Porqué la arqueología feminista, del género o de mujeres cuenta cada vez con más publicaciones a nivel internacional y, en cambio, su presencia en publicaciones españolas es imperceptible?» (González Marcén, 2000: 12-13). Concuerdo con ella en su respuesta: si no se ha integrado el concepto de género en la arqueología en España es por el acercamiento historicista y descriptivo de ésta todavía anclada en posiciones anticuaristas y empiristas. Como intento de alentar a un cierto mayor debate sobre este tema y animar a una reflexión sobre las causas por las que el género no ha tenido todavía la acogida en la reflexión arqueológica que creo que necesita, este artículo pretende realizar una síntesis introductoria sobre el estado de la investigación en lo referente a la arqueología del género yendo para ello más allá de lo realizado en nuestro país. Comenzaré repasando lo concerniente al origen de los estudios de género para luego profundizar sobre una de las áreas en las que este nuevo campo de la arqueología ha tenido más éxito, el de la crítica al sesgo androcéntrico. Introduciré a continuación mi propia visión sobre cómo se debería entender el concepto de género: como multidimensional y diverso. Los estudios sobre subsistencia y producción, cultura material, género y paisaje y cómo se puede estudiar este tipo de identidad en relación al poder y la jerarquía social son otros temas sobre los que este trabajo incidirá.

Definiré la identidad de género como la propia adscripción (es decir la propia identificación) de un individuo y la adscripción que otros hacen de él o ella a una o varias categoría(s) de género específica(s) sobre la base de la diferencia sexual socialmente percibida. Las implicaciones que esta definición contiene irán saliendo a la luz a lo largo del artículo, pero baste por ahora decir que, al ser una identidad *socialmente percibida*, por necesidad está cultural e históricamente determinada. Es decir, no podemos esperar que el significado de «mujer» coincida en todos los grupos humanos, o lo que es lo mismo, sea universal, y ni siquiera a lo que denotaba en el mismo grupo en otro momento histórico. Esto queda claro si pensamos que actualmente lo que se entiende por un «hombre» o por «masculinidad» cambia de Italia, a Brasil o Alemania y en cada uno de estos países estos conceptos se han visto transformados en las últimas centurias o incluso en años recientes: por ejemplo, hoy en día en la mayor parte del mundo occidental prácticas sexuales asociadas al género como la homosexualidad tienen una mayor aceptación que en el pasado. El género— para hablar con más precisión —las categorías de género, la ideología de género—, por tanto, presentan una variación en el tiempo y en el espacio social, ya que son histórica y culturalmente determinadas.

De mujer a género: hacia una arqueología postprocesual

De todas las identidades recientemente discutidas en la arqueología post-procesual (etnicidad, nacionalismo, etc.) la de género es la que a mi entender ha recibido una mayor atención en los últimos años. Esto es así porque proviene de un tipo de arqueología que podríamos calificar como combativa producida en los años sesenta. En aquel decenio apareció por primera vez en la literatura el término «género» en estudios de psicoanálisis. La primera referencia que tengo al uso de la misma es la de Robert Stoller (Stoller, 1968), y poco más tarde la muy citada de Ann Oakley (Oakley, 1972). En esta última se encuentran estos reveladores párrafos:

> «Sexo» es un término biológico: «género» es psicológico y cultural. El sentido común sugiere que son meramente dos formas de ver la misma división y que alguien que pertenece a, por ejemplo, el sexo femenino automáticamente pertenecerá al correspondiente género (femenino). En realidad esto no siempre es así. Ser un hombre o una mujer, un niño o una niña, está tanto en función del vestido, del gesto, ocupación, red de relaciones sociales y personalidad, como del hecho de poseer unos determinados genitales.

y continuaba

> Esta afirmación bastante sorprendente se sostiene por una serie de hechos. En primer lugar, los antropólogos han documentado una variación muy amplia de las formas en las que culturas diferentes definen el género. Es verdad que cada sociedad emplea el sexo biológico como un criterio para la adscripción del género, pero más allá de este simple punto de partida, no hay dos culturas que concuerden completamente sobre lo que distingue un género del otro. No hace falta decir que cada sociedad cree que sus propias definiciones de género corresponden a la dualidad de sexo biológico (Oakley, 1972: 158)[2]

Del psicoanálisis el término pasó a la antropología, siendo el primer trabajo que he encontrado en este campo el de Gayle Rubin *El tráfico de mujeres: Notas sobre la economía política del sexo* (Rubin, 1975). Como en Estados Unidos la arqueología se estudia como una especialidad de antropología, no es extraño que de la una pasara a la otra, aunque, como resaltaba uno de los primeros trabajos sobre este tema en arqueología (Conkey y Spector, 1984), el traspaso no fue automático.

2. Todas las citas cuya publicación en la referencia bibliográfica final está realizada en lengua otra del castellano son traducción de la autora de este artículo.

Tras los artículos menos conocidos de Joan Gero (Gero, 1983) y de Janet Spector (Spector, 1983), el primero que causó un cierto impacto fue el escrito por esta última autora y Margaret Conkey (Conkey y Spector, 1984). Este último artículo, sin embargo, no caía en un campo totalmente inculto. Ya desde los años sesenta y sobre todo setenta se había producido un enfoque feminista en la arqueología por parte del cada vez mayor número de mujeres que empezaban a integrarse en la profesión (ver análisis de este proceso en Claasen, 1994; Díaz-Andreu y Sørensen, 1998; y duCros 1993 y en castellano en Sanahuja 2002). Las dos áreas donde esta arqueología feminista se dio con mayor ímpetu fueron Escandinavia —sobre todo Noruega y Suecia— y los Estados Unidos. Los análisis realizados bajo esta perspectiva intentaban recuperar a la mujer dentro de la Nueva Arqueología imperante en aquellos años (por ejemplo Bertelsen *et al.*, 1987; Dahlberg, 1981; Hodder, 1982b; Hodder, 1983; Leacock, 1981; Rice, 1981). El feminismo, sin embargo, también es posible dentro del historicismo cultural, como lo ha demostrado ampliamente Marija Gimbutas (1982; 1989) y Jacquetta Hawkes (1968) y la mayoría de las reflexiones arqueológicas realizadas en España sobre el papel de la mujer en el pasado se pueden integrar en esta corriente (por ejemplo Griñó de, 1992; Olaria, 1996; Vázquez Hoys, 1980). El retraso de casi de una década de la arqueología en comparación con la antropología en adoptar el concepto de género podría estar contectado con la lentitud con la que la arqueología postprocesual[3] se impuso —se está imponiendo— en el mundo anglosajón, que contrasta con el éxito que el postmodernismo tuvo en antropología. El inmovilismo de la arqueología se explica por el rechazo por parte de la comunidad arqueológica a derrumbar el bastión de la pretendida objetividad arqueológica lo que en España está conectado con la persistencia del historicismo, como se ha apuntado más arriba.

No todos/as coinciden conmigo, sin embargo, en ver la arqueología de género dentro del postprocesualismo o postmodernismo y por tanto he de explicar mi postura sobre este punto[4]. La arqueología del género es postprocesual, a mi parecer, ya que entiende que la sociedad está formada por *individuos* que actúan como agentes sociales *activos*, por individuos cuyas actividades y *negociaciones diarias* forman una parte esencia de la dinámica histórica. En la constante interacción,

3. No es éste el lugar para adentrarme en una explicación sobre lo que se entiende por arqueología postprocesual y animo al lector interesado en estos temas a acercarse a las publicaciones de Hodder, 1982a; Johnson, 1999; Shanks y Tilley, 1992.

4. Sin embargo, algunos autores, y sobre todo autoras, han defendido que la arqueología de género no es postprocesual, sino feminista (Dommasnes, 1990; Engelstad, 1991; Wylie, 1999). El teórico rechazo a la arqueología postprocesual parece tener más que ver con ciertas actitudes y alusiones bastante machistas realizadas por algunos de los

o lo que es lo mismo, en la continua *práctica* social, las relaciones de género cumplen un papel esencial como uno de los *principios estructurantes* esenciales y básicos que organizan las relaciones sociales. El género es, por tanto, una *identidad* que está en la base de las relaciones sociales y en la práctica de las mismas se produce una continua renegociación y por tanto cambio. Es esto lo que explica no sólo las diferencias entre distintos grupos en relación a cómo cada uno entiende el género, sino su transformación en el «mismo» grupo a lo largo del devenir histórico.

A mi entender hay diferencias claras entre la arqueología del género y la arqueología feminista de los años setenta y principios de los ochenta. Mientras que la segunda simplemente se centraba en las mujeres, la de género se ocupa, al menos en teoría, de *todos* los géneros. Además, esta primera no acepta que cada categoría de género sea universal, en tanto que esto era una presunción que hacían los estudios de mujeres (el significado de «mujer» era evidente para los autores y autoras que investigaban entonces, ya que pensaban que su sentido se había mantenido estable a lo largo de la historia). Esta creencia resultó en una falta de crítica que hizo que en realidad incurrieran en fallos muy parecidos a los que se querían evitar. El pretender encontrar un papel relevante a nivel económico para las mujeres —por ejemplo resaltando en sociedades cazadoras-recolectoras la función que la recolección ejerció para la dieta del grupo en su conjunto—, sin dejar de ser importante, llevaba a un resultado igualmente de insatisfactorio al que se intentaba combatir. Por una parte se caía en la simplicidad de asumir que si las actividades femeninas eran fundamentales para la economía global del grupo, su papel sería socialmente reconocido. Como la arqueología postprocesual avisa, sin embargo, la forma en la que una sociedad entiende las actividades de sus miembros depende de las negociaciones entre sus componentes y por tanto tal correspondencia que hacía la arqueología feminista no es necesariamente cierta. Además es necesario tener en cuenta que existen muchos discursos paralelos —por ejemplo el de los hombres y el de las mujeres, el de los niños/as, jóvenes, adultos y ancianos/as— que pueden racionalizar una situación concreta de manera muy diferente. Finalmente, mientras que la arqueología feminista de los años setenta

---

primeros arqueólogos postprocesuales, como Shanks y Tilley (1992) (ver en este sentido discusión en Pallarés (2000: 64-65). En reacción a esta afirmación de que la arqueología del género es feminista, en estos últimos años han surgido propuestas sugiriendo que la arqueología de género es postprocesual y feminista, además de ser también masculinista (Knapp, 1998) y *queer* (Dowson, 1998; Dowson, 2001). Terminaré esta nota, sin embargo, admitiendo que hablar de post-procesualismo como un movimiento homogéneo está lejos de adecuarse a la realidad. Yo tampoco concuerdo con los postulados de ciertos post-procesuales apuntados por Pallarés (2000: 65).

y principios de los ochenta pretendía ser objetiva, hacer a las mujeres visibles, la del género es mucho más cauta ante tal posibilidad.

Por todo lo expuesto en los dos párrafos anteriores concuerdo con Paloma González Marcén cuando dice que «sería erróneo creer que proponer una arqueología de mujeres exige principalmente una discusión metodológica» (González Marcén, 2000: 16). Sin embargo, no me parece que la misma afirmación se pueda realizar con respecto al género. A mi entender una arqueología de género seria, con todas las implicaciones del término, necesita obligatoriamente de un cambio teórico, un alejamiento del historicismo anclado desde hace demasiado tiempo en la interpretación del registro arqueológico de la Península Ibérica.

La crítica al sesgo androcéntrico: lenguaje, imágenes, museos y enseñanza

A pesar de lo dicho en la sección anterior, la arqueología del género comparte con la arqueología feminista de los años setenta y ochenta una serie de preocupaciones comunes, como es la crítica al sesgo androcéntrico. No hace falta más que realizar una somera revisión de publicaciones arqueológicas de todo tipo así como de publicaciones menos especializadas para que lo evidente salte a los ojos: estaría ciego quien no viera el elevado grado de presentismo en la forma en cómo el género se halla representado, situación que ya ha sido denunciada en repetidas ocasiones (Alvarez García *et al*., 1998; Argelés *et al.*, 1991; Querol, 2000: 170; Querol *et al.*, 2000). Lo más común es que los autores y autoras se imaginen las relaciones de género en el pasado y las relaciones de edad como una imagen especular de su presente occidental en el que domina todavía una relación jerárquica desigual entre los géneros. El presentismo se detecta, en primer lugar, en el uso acrítico del lenguaje y de las ilustraciones. Se suele emplear el genérico como si fuera neutral: términos como «El origen del *hombre*», «Los *hombres* prehistóricos», «los *romanos*», etc. se entienden, teóricamente, como que engloban tanto a hombres como a mujeres. Sin embargo esta ilusión acaba rápidamente cuando se visualiza lo que estas palabras significan. Un ejemplo bastará para ilustrar esto: es casi universal encontrarse en los museos de todo el mundo la evolución humana explicada con una ilustración de una fila de hombres, a cada cual más avanzado, pero nunca de mujeres. Si el término «hombre» fuera lo neutral que se pretende, ¡cabría esperar que al menos en un 50% de los museos ellas fueran las que encarnaran tal evolución, o por lo menos que en un número elevado de éstos las imágenes incluyeran ambos sexos!

En relación con lo anterior una cuantificación de los verbos que se emplean para describir las actividades supuestamente masculinas indica un uso más frecuente y connotaciones mucho más activas y positivas de los que se emplean para las mujeres. Esto es indiscutible si acudimos a bibliografía del siglo XIX y de prácticamente todo el siglo XX, en la que el énfasis principal de la arqueología incidía en temas de guerra, caza, o prestigio —entendidos todos ellos como ámbitos exclusivamente masculinos. En los albores de la prehistoria como disciplina científica los objetos que más importancia adquirieron en las tipologías— hachas, armas... —y en las cronologías establecidas a partir de ellas— la edad de la piedra, de los metales...—, fueron los asociados con actividades supuestamente masculinas y el vocabulario entonces creado y base de nuestro razonamiento sobre el pasado todavía está entre nosotros. El sesgo salta a la vista si acudimos a las versiones noveladas que los propios arqueólogos han creado: Gómez-Moreno, por ejemplo, empieza su *Novela de España* con un macho luchando con otro por una hembra y un análisis del tratamiento de la mujer —y del hombre— en todo el relato daría para mucho (Gómez-Moreno, 1974 (1928)). Los procesos de creación del lenguaje y estructuración de la ciencia en arqueología clásica son semejantes. Por ejemplo, la cerámica griega se supuso desde un principo como de fabricación masculina. Cuando se reconocía la autoría femenina (¡aunque no siempre en las ilustraciones!) ésta sólo se concebía en tanto en cuanto la producción no fuera importante. En algunos casos, tanto en prehistoria como en épocas posteriores, las afirmaciones están llenas de inferencias no reconocidas. Cuando, por ejemplo, Jacketta Hawkes en un libro escrito con su marido (Hawkes y Hawkes, 1943: 66) dice que en la cultura Peterborough «como alfareras las mujeres no tenían gran habilidad», habría que preguntarse si la consideración de que las alfareras fueran ellas provenía de la poca habilidad que demostraba la producción cerámica. De haber sido la cerámica de alta calidad, ¿habría seguido afirmando que eran mujeres las artesanas?

Mucho del sesgo androcéntrico tiene también que ver con la teoría arqueológica histórico cultural que todavía sigue estando tan extendida en la mayor parte del mundo, y de su heredera —en el uso del término cultura o similares como complejos, etc— la Nueva Arqueología. El historicismo cultural trata a las «culturas» arqueológicas como si de individuos se tratara, individuos en teoría neutros pero en la práctica, como acabo de explicar, de sexo masculino. Como ejemplo de esto podemos aludir a que parece dudoso que Childe estuviera pensando en la población femenina cuando afirmaba que «el país montañoso de Bohemia occidental, Baviera y Wurtemburg ya estaba ocupado por las tribus pastorales *viriles* que enterraban a sus muertos bajo túmulos»

(Childe, 1928: 40, énfasis mío). Podría seguir añadiendo otros casos, pero el sesgo masculino en el historicismo cultural es una cuestión tan obvia que no creo que sea necesario extenderse más en ello.

Algunos de los análisis realizados sobre el sesgo androcéntrico bajo la óptica de la arqueología del género se centran precisamente en el tema de las ilustraciones. Además de la frecuente ausencia de mujeres en las mismas que ya he comentado más arriba, cuando éstas se incluyen se las coloca en una disposicón secundaria en relación al hombre, bien por su posición en un segundo plano, o porque no miran a la audiencia directamente (como sí que lo suele hacer el personaje masculino central), porque su talante se muestra sumiso o porque se hallan en actitud pasiva o realizando tareas consideradas femeninas y/o secundarias (Conkey, 1996; Hurcombe, 1997; Moser, 1993; Moser, 1998; Querol, 2000: 170-3; Wiber 1997).

Un panorama semejante al expuesto para el lenguaje y las imágenes es el del mensaje transmitido en las exposiciones. Ya he comentado el ejemplo relacionado con la evolución humana, pero muchos otros podrían añadirse a la lista, de tal manera que la situación es preocupante. El impacto público que tienen los museos, derivado en parte de su oficialidad por la que el discurso del género en ellos producido queda autentificado y hecho realidad para los quienes los visitan, es lo que hace relevante esta crítica (Handsman, 1991; Hurcombe, 1997; Jones y Pay, 1999; Risquez Cuenca y Hornos Mata, 2000). La necesidad de los museos de hacerse atractivos al visitante hace que en ocasiones lo que intenten los/as que organizan las exposiciones es acercar el pasado al público utilizanzo para ello el recurso de reforzar las ideas preconcebidas sobre el mismo sin intentar realizar una crítica. Así la reconstrucción del género se caracteriza por un actualismo en muchos casos insostenible y con imágenes que son incompletas y casi siempre especulativas, sin que se avise de su carácter, pero que son tomadas como ciertas por el público dado el contexto oficial en el que se encuentran. En España, en contraste con el sesgo criticado por varias autoras (Risquez Cuenca y Hornos Mata, 2000), en concreto en cómo se ha representado la evolución humana (Querol, 2000: 170-3), es de destacar el esfuerzo de presentar una visión equilibrada del género en exposiciones recientemente organizadas como la de «Bifaces y Elefantes. La investigación del Paleolítico Inferior en Madrid», un esfuerzo que ha quedado patente incluso en la versión corta del catálogo (Panera Gallego y Rubio Jara, 2002).

El sesgo androcéntrico, no sorprendentemente, se encuentra igualmente en la enseñanza a todos los niveles, incluida la universitaria. Sólo desde el principio de los años noventa, aunque todavía en muy pocos sitios, se han empezado a organizar cursos que tratan o incluyen el género en su curriculum docente. Los libros de texto y los más es-

pecializados no suelen ser muy cuidadosos con su manera de tratar el género y, en determinadas épocas, es frecuente que todo lo referente al género femenino o no se mencione o se abarque en apéndices finales (Conkey y Tringham, 1999; Cusack y Campbell, 1993; Romanowicz y Wright, 1996; Scott, 1997; Spector y Whelan, 1989). En España la universidad Autónoma de Barcelona ha sido sin duda la pionera en los estudios de la mujer. Desde al parecer 1992 (González Marcén, com. pers. 17 junio 2003), se imparte una optativa de segundo ciclo sobre arqueología de las mujeres en Prehistoria (Sanahuja, 2002: 9), a la que ha venido a acompañar otra de doctorado en los cuatro o cinco últimos años sobre temas de feminismo. La asignatura establecida a principios de los noventa se organizó a la vez que otras dos sobre historia de las mujeres en la Antigüedad y sobre Historia de las Mujeres en la Edad Media. Todas ellas venían a completar otra ya existente para mujeres y lírica y épica medieval. Según me explicaba recientemente Paloma González Marcén (com. pers. 17 junio 2003), quien, como representante de las areas de Prehistoria, Antigua y Medieval en la comision de la universidad de planes de estudio en aquellos años fue una de las principales impulsoras de la inclusión de las nuevas asignaturas, la idea era que a la larga se pudiera consolidar algun tipo de especializacion o itinerario en estudio de las mujeres. En la nueva revisión de los planes de estudios a estas asignaturas se añadirá, a partir del curso 2004-5, otra sobre «Historia de les Dones a l'Epoca Moderna» mientras que para la época contemporánea se discutirá el tema del feminismo en las asignaturas de «Historia dels Moviments Socials» (ibidem).

Creo que el primer curso de doctorado organizado sobre la arqueología de género como tal (y no sobre mujeres o sobre feminismo) fue el realizado en la Universidad Complutense por la autora de este artículo junto con Víctor Fernández en 1997, repetido al año siguiente siendo Mª Angeles Querol la co-organizadora del mismo[5]. En el primer año se permitió que el curso estuviera apoyada por el Instituto de Investigaciones Feministas de la Complutense. En 1998 el instituto financió el viaje de diversas investigadoras que impartieron conferencias de forma paralela a la organización del curso de doctorado. Que yo sepa, la Universidad de Granada es la segunda en incluir cursos de doctorado

5. Por cuestiones burocráticas estos cursos no se me permitieron impartir durante los cursos 1994-95 y (parte de) 1995-96 dado mi carácter de profesora asociada en el departamento de Prehistoria de la Complutense. Por tanto, hube de venir como profesora invitada de otra universidad para poderlos organizar. El primer año, 1996-97, el curso no se hubiera dado sin la disponibilidad de Víctor Fernández, el único que me apoyó en mi empresa en un principio. Le propuse entonces a Nines Querol el organizarlo de nuevo en 1997-98 y tras éste ya ella se encargó de continuar, ahora bien, cambiando la perspectiva de género por la feminista.

sobre la arqueología del género. A la par que la primera edición del curso de Enseñanzas Propias de la Universidad «Arqueología y género» cuyos resultados tienen ahora en sus manos. Además de las producidas en la Complutense en Madrid, se pueden apuntar charlas y seminarios amparados por institutos feministas en Valencia (González Marcén y Sanahuja Yll 1987), Cataluña (Sanahuja 1991) y la Autónoma de Madrid (Martínez López 1991).

La identidad de género como multidimensional y diversa

En este apartado se explican los varios elementos integrados en la definición propuesta al principio de este trabajo. Por una parte decía que los individuos se puede adscribir y ser adscritos por otros a una o varias categoría(s) de género. Por la otra señalaba que esta identificación estaba basada en la diferencia sexual, pero que dependía de cómo ésta se percibía socialmente. Ya indiqué que esta última afirmación no era difícil de comprender si pensábamos en el ejemplo de la sociedad occidental concreta en la que el lector, la lectora o yo misma nos podemos encontrar. Pongámonos, por ejemplo, en el caso de un griego: no es lo mismo lo que ser «hombre» significa en la Grecia actual que en la clásica griega o romana, en la que lo que se incluía dentro de un rol de género masculino, los derechos y deberes asociados a ser un «hombre», eran muy distintos a los actuales (Keuls, 1985; Scott, 1997: 9; Sparkes, 1998).

La identidad de género está basada en la diferencia sexual (lo que no quiere decir en las diferentes categorías de sexo, ver *infra*) y por lo tanto en gran número de sociedades las categorías de género aceptadas son la de hombre y mujer aunque, como apuntaré más abajo, esto no es necesariamente universal. Los conceptos de «hombre» y «mujer» parecen ser estables en cuanto a que casi todos los grupos que hacen esta distinción dividen entre unos y otros de una manera similar, aunque la racionalización cultural de la diferencia varía en gran manera de unos a otros. Este esquema aparentemente simple se complica cuando empezamos a valorar varios factores. En primer lugar los seres humanos se subdividen en cuanto a su sexo en cuatro categorías y no en dos: además de hombres y mujeres, hermafroditas e individuos sin sexo. Algunas sociedades, como la occidental, socializan los hermafroditas en el género en el que se ha producido su educación. Otros grupos, sin embargo, los consideran como categorías de género diferentes. Este es el caso de parte de los berdaches en bastantes tribus norteamericanas, a los que se pone en un grupo aparte (ver *infra*). En algún caso se ha hablado de hermafroditas sobre la base de material arqueológico del

tipo de las estatuillas chipriotas de la Edad del Bronce (Merrillees, 1975: 173). Esta sugerencia, no obstante, no se ha visto acompañada por una discusión sobre la organización de género del grupo en análisis y en todo caso la propuesta no ha sido ampliamente aceptada (Frankel, 1993: 140).

Los individuos sin sexo lo pueden ser excepcionalmente por nacimiento, caso que estudia Oakley (Oakley, 1972), o por castración. Dentro de este último apartado se encuentran los castrati de la Edad Moderna occidental, los eunucos del mundo bizantino (Ringrose, 1994; Tougher, 1997; 1999), o las hirjas de la India. Estas últimas son hombres que deciden castrarse para pasar a formar parte de la categoría de género de las hirjas, que se caracteriza por tener roles de género específicos (Nanda, 1993; 1994). La única mención que conozco, y lo hace sólo de pasada, a una posible categoría de género compuesta por castrati en la antigüedad es la realizada por Rita Wright (Wright 1999) para el caso de Ur III en la arqueología de Mesopotamia, pero ni siquiera esta autora que ha trabajado en temas de género se extiende gran cosa sobre esta posible categoría independiente de género.

La diversidad de género es aún mayor si se tiene en cuenta que ciertas categorías de género pueden no estar basadas en categorías de sexo, lo que puede ocurrir con los hombres y las mujeres homosexuales. En este caso sí que hay una mayor atención en la bibliografía hacia este tema, lo que a mi entender se haya conectado a la mayor aceptación de estas dos categorías de género en el mundo occidental actual. El trabajo en el que se ha planteado con mayor claridad el ejercicio de prácticas homosexuales (aunque no en realidad la de un grupo de género masculino homosexual, y ambas cosas no son lo mismo) es el de Tim Yates en su análisis de los grabados rupestres de Bohuslän, en Suecia (Yates, 1993), aunque sus hipótesis no parecen haber tenido gran acogida por otros que han publicado tras él (Mandt, 1998; Tilley, 1999). Un autor que sí que ha indicado la posibilidad de la existencia de, al menos, una categoría de género homosexual masculina es Keith Matthews para el caso del mundo romano (Matthews 1994) pero el razonamiento por ello es un tanto débil. Muchos otros investigadoras e investigadores, apuntan a esta posibilidad sin profundizar en ella. Este es el caso de Charlotte Damm, quien propone que los enterramientos prehistóricos en Europa que no siguen las reglas habituales en hombres y mujeres podrían tratarse de homosexuales (Damm, 1991: 132). Otro grupo de publicaciones apunta a la posibilidad de homosexualidad pero sólo como forma de negar la posibilidad de que hubiera mujeres en el pasado con poder —y por tanto ajuares— semejantes a los de los hombres (ver el caso de los enterramientos de Vix y de Stuttgart-Band Cannstatt en Spindler, 1983 y Pauli, 1972 discutidos en Arnold 1991, y comparar con Díaz-Andreu

y Tortosa, 1998). Habría que señalar, por último, que aunque entre los berdaches norteamericanos también se incluyen homosexuales tanto femeninos como masculinos, nunca se han realizado estudios sistemáticos sobre su más que posible existencia en el pasado (aunque ver menciones a estos géneros en Jackson, 1991: nota 1 y Sweely, 1999: 167).

El género, por tanto, es una identidad diversa, pero también, en mi opinión, multidimensional y de ahí que en mi definición hable de «una o varias categoría(s)». Esta es una idea originada en mis estudios sobre la etnicidad (Díaz-Andreu, 1998a), pero que creo oportuno integrar en los estudios de género. Una berdache de sexo femenino posee características en común con otras mujeres que no comparte un berdache masculino. Pese a que las mujeres y las berdaches pertenezcan a dos categorías diferentes podríamos aludir a que hay otro tipo de categoría que por ahora y para entendernos llamaré «supracategoría» que une a ambas. Pero a su vez, cada categoría se podría subdividir en «subcategorías»: todos los hombres, independientemente de cual sea su edad, se considerarán como tales, aunque la forma concreta en cómo se comprende esta identidad variará dependiendo del grupo de edad al que pertenezcan. La importancia de estos diferentes niveles de categorías se pone de manifiesto al observar que cada nivel tiene roles e ideologías distintivas.

El panorama ofrecido en este apartado hace obvio que el estudio del género en arqueología no puede ser tarea fácil. En la mayoría de los casos lo que en los estudios arqueológicos se puede si acaso analizar son las categorías de género más generales. La posibilidad de acceder a las otras es más remota, pero en todo caso no plantear la su existencia es dar una impresión falsa de la información que el registro arqueológico contuvo en su día y que hoy los arqueólogos y arqueólogas intentan descifrar.

El género en las actividades de subsistencia y de producción

El género, como una de las identidades fundamentales en la estructuración de un grupo social, es un factor esencial a considerar en el estudio de la esfera económica, dado que economía y sociedad son dos factores íntimamente ligados. En este apartado repasaré los debates referentes a las épocas más remotas, a los problemas que se le presentan a la arqueología para relacionar determinadas categorías de género con prácticas económicas concretas, comentaré sobre actividades como la caza, la recolección, la pesca, la agricultura y el comercio para luego indicar cómo se viene deliberando lo concerniente a la producción, y en concreto a la tecnología, desde la arqueología del género.

Una cuestión sobre la que los arqueólogos/as y paleontropólogas/os todavía no han podido aportar una respuesta es la de cuándo el ser humano pasó de una especialización sexual del tipo de la que existe en otros animales —y desde luego en nuestros/as primos/as hermanos/as los chimpancés (Boesch-Achermann y Boesch, 1994)— a una división del trabajo sobre la base del género. A mi entender nunca encontraremos respuesta satisfactoria a esta pregunta y por tanto se hace comprensible la ambigüedad con la que se trata el tema en las publicaciones. En la práctica la mayoría de las autoras y autores, incluyendo aquéllas/os realizando sus trabajos desde la arqueología del género, asumen la existencia de una cierta división del trabajo entre adultos desde periodos muy antiguos y desde luego desde el Paleolítico superior (por ejemplo Conkey, 1991; Dobres, 1995). La maternidad, aunque no se explicita, se halla en la base de tal división, pero, al menos teóricamente, no hay acuerdo sobre el valor relativo de la misma. Existen dos posturas opuestas con respecto a la importancia de ésta. Los que estudian esta cuestión desde una óptica tradicional consideran que en toda época y lugar ha sido imprescindible que las mujeres adultas hayan dado prioridad a la supervivencia de los más pequeños/as del grupo adecuando por tanto toda tarea a este fin. Esto significaría que desde un primer momento la mujer habría visto limitada su libertad de movimientos y por tanto el número de actividades económicas que podría haber realizado. Esta hipótesis ha sido contestada por investigaciones realizadas desde una óptica feminista. Según éstas es erróneo pensar que el hacerse madre conlleva la automática exclusión de la realización de determinas tareas, puesto que solamente en las sociedades occidentales la socialización de niños y niñas se realiza prácticamente en solitario. En sociedades más tradicionales las mujeres con hijos/as reciben ayudada de otros miembros del grupo, incluyendo niñas/os, hombres y otras mujeres adultas (Bolen, 1992; Kimmel, 1987).

Lo que es importante resaltar, en todo caso, es que la división del trabajo —especialización sexual o de género— indica diferencia y no una jerarquización en la valoración de las tareas a efectuar por cada género, como así ha supuesto la arqueología tradicional. Esto se contrapone con la inferencia habitualmente realizada por la arqueología tradicional, a saber:

Hombres > activos > tareas esenciales
Mujeres > pasivas > tareas auxiliares

Es necesario, en todo caso, reconocer que en arqueología el análisis de la relación entre género y actividades económicas presenta grandes dificultades, ya que en la mayoría de los casos la asociación entre una

categoría de género y una actividad en particular se basa en presupuestos que muchas veces son imposibles de comprobar. Como excepción se encuentran estudios que analizan esta cuestión sobre la base de datos óseos que ayudan a verificar la hipótesis propuesta: por ejemplo, ciertas malformaciones y patologías óseas pueden indicar qué actividades llevó a cabo el individuo en estudio (ver por ejemplo Bridges, 1989; Hastorf, 1991). Lo cierto es que para el resto de los estudios en los que se relacionan determinadas categorías de género con actividades económicas concretas quizá no viniera mal que los y las autores/as realizaran una autocrítica de sus propias afirmaciones, puesto que a mi entender abundan ciertos sesgos que sería fácil evitar. Se suele afirmar, pongamos por caso, que la calidad del registro arqueológico impide asociar exclusivamente con hombres determinadas actividades tradicionalmente consideradas como masculinas, pero tal juicio raramente se encuentra en aquéllas usualmente relacionadas con mujeres. Por ejemplo, es extraño encontrar autoras/es que admitan que los hombres —o los miembros de un tercer género como los berdaches— de determinada sociedad cosieran e hicieran otras tareas relacionadas con los textiles o cocinar, pese a que de hecho se haya documentado la existencia de estas asociaciones en diversos grupos (Bruhns, 1991; Hays-Gilpin y Whitley, 1998: 140; Stahl y Cruz, 1998: 206, ver sin embargo Brumfiel, 1991; Masvidal *et al.*, 2000; McCafferty y McCafferty, 1991; Wright, 1999).

Anteriormente en este trabajo he discutido la percepción generalizada sobre el carácter pasivo de las mujeres y ahora habría que añadir que como resultado se piensa que su trabajo es, en caso de existir, secundario. Bien al contrario las tareas masculinas se entienden generalmente como esenciales para la supervivencia del grupo, generalizadas a todo tipo de actividades económicas, incluyendo la caza, la pesca, la recolección y la agricultura (Conkey y Spector, 1984: 8). Todas estas creencias sobre las actividades y su relación con una determinada categoría de género han sido objeto de crítica desde los años sesenta principalmente por parte de la arqueología feminista. Empezando con la cuestión de la caza considerada habitualmente como tarea exclusivamente masculina, diversos estudios han demostrado que en determinadas sociedades las mujeres participan en las actividades cinegéticas tanto de caza menor como mayor (Bird, 1993: 23; Estioko-Griffin y Griffin, 1981; McBrearty y Moniz, 1991: 73; McKell, 1993: 116; Wadley, 1998). Además se ha aducido que el producto de la recolección —normalmente realizada por mujeres— supone un aporte fundamental para la dieta del grupo (Conkey y Spector, 1984: 13). Cambios en ésta, por tanto, pueden tener consecuencias de alcance general, posibilidad absolutamente ignorada por la arqueología tradicional y que sólo se ha planteado desde los estudios del género (Jackson, 1991). En cuanto a la pesca, las ideas preconcebidas

han sido semejantes a las existentes para la caza. Son hombres los que se han supuesto siempre como los protagonistas de esta actividad (ver por ejemplo Jochim, 1976). No conozco ningún trabajo que desde la arqueología feminista o del género haya desafiado esta visión, con la excepción de los escritos sobre el marisqueo. Como apunta Chery1 Claasen, en esta actividad la antropología señala una importante presencia femenina, lo que a ella la lleva a realizar una interpretación novedosa de su estudio de los concheros del arcaico (5500-3000 BP) en los Estados Unidos (Claasen, 1991).

En lo referente a la agricultura, a pesar de que siempre se relaciona a las mujeres con la recolección en sociedades cazadoras-recolectoras, de una forma un tanto ilógica —pero coherente con la filosofía imperante en la investigación— se considera que la invención de la agricultura fue cosa de hombres (Watson y Kennedy, 1991: 262-4, 268) y que son ellos los que a partir de su descubrimiento se encargan de tal actividad (pero ver Fernández-Posse, 2000: 155). Me quedo con la duda de si Childe pretendía ser irónico cuando dijo que «probablemente en los primeros momentos el cultivo fue una *actividad ocasional* de las mujeres mientras que *sus señores* estaban ocupados en el *negocio realmente serio* de la caza» (Childe, 1951: 71, énfasis añadido). En todo caso, desde el momento en que la agricultura se convierte en la actividad primordial, parece existir un acuerdo general de que tal actividad es principalmente masculina, aunque bien es cierto que se acepta que las mujeres pudieron seguir realizando tareas secundarias como la de desyerbar huertos, mientras que ellos realizaban las tareas esenciales de la siembra y la trilla (Wright, 1991: 198). La crítica realizada desde la arqueología feminista y/o del género a estas suposiciones se ha visto en un par de ocasiones acompañada por análisis comparativos de las deformaciones óseas que mostraban tanto los hombres como las mujeres de una determinada comunidad que trabajaba en el campo, y cuyos resultados han podido demostrar que el trabajo de la mujer incluía las actividades consideradas tradicionalmente como esenciales y por tanto asociadas exclusivamente con hombres hasta entonces por la investigación (Bridges, 1989; Hays-Gilpin y Whitley, 1998: 140).

La inclusión del género como un aspecto a considerar en economías agro-pastoriles ha llevado a interpretaciones novedosas como la de John Chapman, quien ha reflexionado sobre el impacto de la Revolución de los Productos Secundarios (RPS, el paquete económico formado por el arado, la tracción animal, lana, leche y la domesticación del caballo) en las relaciones sociales del Calcolítico húngaro (Chapman, 1997). Opina este autor que la RPS en un principio incrementó el poder de las mujeres puesto que eran ellas las que tenían el control sobre la producción de tejidos de lana y la elaboración de los productos lácteos, y esto llevó a un reforzamiento de su economía en las áreas domésticas. Los hombres también verían su poder afianzado de forma alternativa a través de su control de la tracción

animal, del caballo y del arado. Así, mientras que en un primer momento cada género tendría su área de poder, esta situación se vería alterada durante la Edad del Bronce, en la que el dominio del género masculino se haría patente.

En cuanto al comercio, esta ha sido una actividad normalmente considerada como masculina, aunque algunos autores y autoras han llegado a admitir una participación temporal de las mujeres en el mismo (Conkey y Spector, 1984: 11; Rega, 1997: 240-1). No obstante, diversos estudios recientes han presentado un panorama muy distinto en sociedades tan diferentes como la azteca (McCafferty y McCafferty, 1988) o la vikinga (Stalsberg, 1991). Un caso muy particular es el del comercio con mujeres que ha sido tomado como un hecho sin discusión en épocas tan antiguas como el Paleolítico superior, sin que exista ningún tipo de prueba para ello y que supone una postura extremada de la «cosificación» de la mujer a la que los arqueólogos/as pueden llegar. En los casos en los que se tiene documentado el movimiento de mujeres por razones matrimoniales, como es el de las casas reales medievales, no se ha tenido en cuenta el papel crucial que ellas pudieron tener en la nueva sociedad en la que se integraban. Roberta Gilchrist, por ejemplo, ha resaltado la escasa atención prestada a la influencia que en el periodo anglosajón tuvieron las reinas extranjeras en algo tan fundamental como fue la introducción del cristianismo en Inglaterra (Gilchrist, 1997).

La arqueología de los años sesenta y setenta concedió un gran énfasis a la cuestión de la producción como motor del cambio social. Los estudios del género han supuesto una sofisticación en los análisis, puesto que ahora se subraya el papel que la producción tiene como medio para significar, oponer y cambiar las relaciones sociales no sólo del grupo en su conjunto, sino también entre las categorías de género existentes en éste. Esto ha llevado a nuevas formas de entender prácticas asociadas con la producción como las tecnológicas, que ya ahora no se entienden como únicamente la suma de procedimientos para metamorfosear un objeto en otro, sino también como un medio en el que las dimensiones materiales y simbólicas de la cultura material se transforman a través de prácticas de género y estrategias sociales (Dobres, 1995). Por otra parte, algunos autoras y autores han analizado las relaciones entre producción y poder indicando que, en el caso de la producción femenina, incluso en aquellas sociedades en las que se combina con el cuidado de los niños y las prácticas domésticas, ésta tiene la capacidad de dar a las mujeres el control sobre los medios de producción y por tanto potencialmente un cierto grado de independencia financiera. Además tal producción ayudaría a las mujeres a edificar una solidaridad de grupo (McCafferty y McCafferty, 1988: 227) y en sociedades dominadas por

hombres podría eventualmente emplearse para subvertir la organización social (Bevan, 1997: 83).

Las publicaciones sobre género y producción cubren campos muy diferentes cuya discusión me llevaría a superar los límites de espacio de este trabajo: la producción lítica (Bird, 1993; Gero, 1991; Gorman, 1995; Jarvenpa y Brumbach, 1995; Sánchez Romero, 2000; Spector, 1999), cerámica (Marshall, 1985; Rice, 1999; Wright, 1991), metalúrgica (Barndon, 1999: 63-66; Fernández-Posse, 2000: 157; MacLean, 1998: 170; Murdock y Provost, 1973: 207; Schmidt, 1998: 141; Sørensen, 1996), o artística (Cabrera, 2000; Conkey, 1986: 16; Dehejia, 1997: 12-14; Díaz-Andreu, 1998b; Díaz-Andreu y Tortosa, 1998; Escoriza Mateu, 2002; Parker, 1984; Russell, 1991; Smith, 1991), además de otras sobre las que he incidido anteriormente en este artículo, la del tejido y la cocina.

El género y la cultura material

«Cultura material» es un concepto que se puede definir de una manera más o menos amplia y en este apartado lo utilizaré empleando su mayor campo semántico, englobando por tanto no sólo objetos sino también otros elementos más inmateriales como el espacio o la música. La cultura material juega un papel esencial en cómo se estructura la ideología de género ya que representa el contexto físico en el que los individuos, como miembros de categorías de género, interactúan y se relacionan unos con los otros para negociar su posición social. El manejo de elementos de cultura material se rige, en principio, por código fijos, pero en la práctica éstos se ven constantemente renegociados y por tanto continuamente redefinidos (cf. Bourdieu, 1977). Esto significa que, al contrario de lo que ha supuesto la arqueología tradicional, la cultura material posee una naturaleza activa y por lo tanto se usa no solamente para construir y mantener las relaciones de género, sino también para oponerlas y transformarlas.

Por una parte la cultura material se emplea para significar y para construir identidades sociales. Cómo una persona se viste, se adorna, cómo se mueve por el espacio, cómo y qué canta, todo ello servirá para indicar a los demás a qué categoría(s)[6] de género pertenece. Las hipótesis discutidas por Polly Wiessner (Wiessner, 1983) sobre el estilo emblemático para el caso de la identidad étnica pueden fácilmente extrapolarse a la del género y así, por ejemplo, la práctica de la evulsión —extirpación de ciertos dientes— común en tantas sociedades puede señalar distinciones de género,

6. Empleo el plural para traer a colación la discusión sobre multidimensionalidad más arriba en el artículo.

caso que parece haber sido el del Neolítico italiano donde exclusivamente las mujeres adultas observaban dicha práctica (Robb, 1997).

La información social que cada individuo ofrece a los demás puede servir, como acabamos de ver, para señalar la pertenencia a una determinada categoría(s) de género, pero también para manipular las características asociadas a ésta(s). Este recurso hace posible la transformación en el tiempo de los elementos definidores de cada categoría. El uso que ha hecho la mujer del siglo XX de una prenda hasta hace unas pocas décadas exclusivamente masculina, el pantalón, es un ejemplo claro de cómo los miembros de una categoría de género —las mujeres en este caso— pueden operar activamente y cambiar las asociaciones simbólicas conectadas con el concepto de «mujer». A la vez el empleo cada vez más frecuente de pendientes entre hombres indica un cambio en el mismo sentido. Este tipo de transformaciones en el empleo de la cultura material son y han sido habituales en el pasado y de ellas encontramos ejemplos múltiples en todas las épocas: innovaciones en la forma de simbolizar la masculinidad en la Edad del Bronce final (Treherne, 1995), explotación estratégica del ajuar masculino en el caso de las tumbas de mujeres de alto estátus en el mundo ibérico en la Edad del Hierro (Díaz-Andreu y Tortosa, 1998), utilización del espacio por el mismo tipo de mujeres en época medieval (Gilchrist, 1999), etc.

Las prácticas asociadas al uso de la cultura material también hacen posible a los individuos el expresar su disconformidad con las relaciones de género establecidas. Un ejemplo de tal oposición es el que explica Ian Hodder para el caso del uso de los contenedores de calabaza para dar leche a los pequeños entre las mujeres Ilchamus de Kenia. La forma de decorarlas define y enfatiza de manera encubierta «la importancia reproductiva de las mujeres en una sociedad en la que la reproducción (de niños y del ganado que produce la leche) es el eje central del poder masculino» (Hodder, 1986: 109). Esta discrepancia con entre la situación establecida y la significada a través de la cultura material a veces lleva a cambios dramáticos en la ideología del género que puede llevar a una transformación profunda de los roles de género e incluso a la emergencia o desaparición de las categorías de género (un caso de surgimiento de una nueva categoría de género podría ser, por ejemplo, la de los homosexuales en el mundo occidental aunque esto es discutido por algunos/as).

La importancia de la cultura material explica que muchas sociedades impongan reglas estrictas para controlarla. El empleo de determinadas prendas de vestir según el género se sanciona socialmente, lo que a veces se hace por medio de la religión y en ocasiones incluso se impone por medio de la ley. Expondré varios ejemplos de tales reglas en los dos apartados siguientes.

El género en el paisaje, en el espacio doméstico y en las necrópolis

La arqueología del género defiende que éste es un elemento clave en la utilización del espacio. Tal perspectiva, en verdad, no es nueva en arqueología: es común la consideración de que los castillos, por ejemplo, son lugares masculinos, o las áreas de cocinado de alimentos son femeninas. Sin embargo, todo acuerdo entre las nuevas perspectivas y la tradicional acaba ahí, ya que muchas de las aportaciones de la arqueología del género se contraponen claramente con lo defendido por la arqueología tradicional. Para empezar, aunque la primera —la arqueología del género— parte igualmente de la base de que cada categoría de género tiene reglas distintivas concernientes a cómo operar en determinados espacios, no considera que éstas sean universales. Es decir, poniendo en conexión lo que acabo de decir con el ejemplo aducido más arriba, ni todas las áreas de cocinado han de ser necesariamente femeninas ni los castillos masculinos, ya que la posibilidad de tal asociación y la forma concreta en cómo ésta tiene lugar variará de grupo a grupo[7]. En cada uno de éstos, además, la arqueología del género sostiene que el conjunto de regulaciones sobre el espacio no ha de entenderse como un código inflexible, puesto que en la práctica los individuos las observan empleando estrategias que les permiten transformarlas o incluso no acatarlas (cf. Bourdieu, 1977). Un ejemplo de la maleabilidad de los códigos es el de la supuesta inexorable dicotomía entre el espacio privado o doméstico y el público defendida por la arqueología tradicional, que asociaba a las mujeres con lo privado y a los hombres con público[8]. Algunas investigadoras, sin embargo, afirman que en la práctica raramente existen las oposiciones radicales entre conceptos binarios, ya que los individuos las emplean de una manera mucho más elástica de lo que ellos y ellas mismas admiten y por tanto de lo que la teoría propone. Esta mayor ductilidad ha sido estudiada para el caso del mundo occidental actual por Benn y Gaus (1983), y se ha argumentado que es más prudente considerar ambas esferas como un continuum (Pateman, 1983), y que hay que tener en cuenta que se puede producir un cambio en la asociación de un mismo espacio con una u otra categoría de género dependiendo de quién lo utilice, para qué y en qué época del año se esté empleando. Resumiendo, la dicotomía público/privado se censura ahora

7. Quizá el artículo de Curià y Masvidal (1998) sobre el grupo doméstico en arqueología falla en no considerar la posibilidad de que el espacio doméstico sea también masculino y no sólo femenino.

8. Dicotomía que ha sido aceptada sin crítica incluso desde el estructuralismo (Hingley, 1990; Hodder, 1990). Sin embargo, el post-estructuralismo ha ofrecido interpretaciones mucho más sofisticadas (Yates, 1989).

como simplista y falsamente universal (además de la bibliografía citada ver Bolen, 1992: 49; Nelson, 1997: 132; Yentsch, 1996: 323, al igual que varias de las contribuciones en Kimmel, 1987. Una buena síntesis sobre este tema se encuentra en Pallarés, 2000).

El espacio se puede emplear para mantener, oponer o cambiar las relaciones de género. En el primer caso, por ejemplo, se puede establecer una asimetría entre las categorías de género con reglamentaciones que restrinjan la movilidad de algunas de ellas (Gilchrist, 1994; Lyons, 1996), y una de las muestras más extremas de tales condicionamientos es el aislamiento de las mujeres producido en muchas de las sociedades islámicas tanto actuales como otras de diverso signo del pasado (Small, 1991). Los estudios de paisaje también aportan datos interesantes sobre cómo se pueden reforzar las categorías de género existentes a través del uso del espacio, y así la comparación entre la localización de los monasterios medievales masculinos y femeninos parece apuntar a una simbolización generizada del paisaje (Gilchrist, 1994: 63, 91). Pero el uso del espacio no solamente sirve para invocar la ideología de género sino también para trasformarla u oponerla. Una de las cuestiones planteadas en los estudios de paisaje desde una perspectiva de género es la discusión sobre porqué ciertos espacios llegan a cambiar de función y carácter. Trabajos de este tipo son los de Carmen Weber y Suzanne Spencer-Wood que analizan cómo algunas las mujeres lograron que se aceptara su presencia en espacios como los jardines previamente restringidos para hombres en el siglo XVIII (Weber, 1991) o cómo otras del XIX consiguieron lo mismo en las tiendas, las guarderías, los colegios, etc. (Spencer-Wood, 1991: 241).

El estudio de las necrópolis presenta sus propios problemas. Al igual que ya se ha argumentado para el caso de los vivos, no se puede realmente decir que la arqueología tradicional se haya olvidado completamente del tema del género, pero lo que ha hecho es emplear ideas preconcebidas que le han llevado a conclusiones en muchas ocasiones poco fiables. De siempre se han realizado atribuciones sexuales de las tumbas o ajuares, pero éstas se han hecho sobre la base de asociaciones universales e inflexibles prefijadas sobre el género, lo que inevitablemente influía en las conclusiones a las que se llegaba. Este sesgo ha afectado incluso a los análisis óseos, como han denunciado varias autoras tanto en el caso de colecciones paleoantropológicas de poblaciones recientes (Donlon, 1993), como antiguas (Damm, 1991: 131; Whelan, 1991). Las conclusiones de estudios a veces no tan alejados en el tiempo muestran una sospechosa tendencia a contabilizar un mayor número de individuos masculinos que de femeninos, lo que Denise Donlon (1993) ha explicado como resultado de la propensión de considerar como masculinos restos que son en realidad indeterminados. A pesar de esto otros autores ar-

guyen que cuando se emplean buenas muestras los resultados son por lo general fiables (Molleson y Cox, 1993: 21).

En todo caso la antropología física ha desarrollado una serie de análisis en los últimos años que son de gran utilidad a la arqueología (para una explicación general ver Cohen y Bennett, 1998). Un ejemplo de esto se encuentra en Hastorf (1991). Esta autora realizó una comparación entre los datos sobre el cambio de dieta de hombres y mujeres que le llevó a proponer que el dominio inca sobre los Sausa prehispánicos de Perú había llevado a una mayor asimetría entre los géneros ya que en el segundo periodo —el inca propiamente dicho— los hombres consumían más carne y más maíz, éste último seguramente mediante el consumo de *chicha*, una bebida alcóholica ritual (Hastorf, 1991). Un patrón contrario, sin embargo, se ha observado entre las comunidades indias prehistóricas de las Islas del Canal septentrionales en California, con mejora de la dieta para ellas en el segundo periodo del estudio en cuestión (Walker y Erlandson, 1986).

La forma más común de realizar la atribución sexual de restos humanos sigue estando basada en el ajuar depositado en el enterramiento, pero, como la arqueología del género señala, este método presenta múltiples problemas. El primero de ellos es el ya comentado del uso de ideas preconcebidas. Como ejemplo aludiré a la habitual interpretación de tumbas con armas como masculinas ignorando que en algunas sociedades las mujeres han podido ser partícipes del arte de la guerra (Nelson, 1997: 134-135) y que en todo caso hay otras posibles explicaciones (ver *infra*). En la eventualidad de que haya ajuares que se salgan de la norma, se buscan explicaciones *ad hoc* para ellos. Por ejemplo, los molinos de mano se consideran por lo general como símbolos femeninos, aunque cuando se encuentran en tumbas con mayoría de elementos clasificados como masculinos, entonces se buscan explicaciones del tipo de interpretar la tumba como perteneciente a un artesano de este tipo de piezas (Conkey y Spector, 1984: 11). De la misma forma, si se encuentra un objeto de importación en una tumba femenina se dice que es un regalo o un símbolo de riqueza, mientras que el mismo objeto en una tumba masculina se asocia con la actividad mercantil a la que el fallecido se dedicaba (Conkey y Spector, 1984: 11, ver otros ejemplos en Bevan (1997), Rega (1997) y Gilchrist (1997).

La comparación entre las atribuciones sexuales sobre la base de los ajuares y los análisis óseos puede llevar a sorpresas. Sam Lucy (1997), por ejemplo, cotejó los resultados de ambas en su estudio sobre dos cementerios anglosajones. Tomando en cuenta los ajuares se podían dividir las tumbas en cuatro tipos: el primero con joyas, es decir, supuestamente femeninas; el segundo con armas y por tanto aparentemente masculinas; el tercero incluía a enterramientos con un ajuar compuesto

por cuentas de collar, cuchillos, cerámica y huesos de animales, a las que se calificaba como indeterminadas, al igual que las del tipo cuarto en el que se incluían las tumbas sin ajuar. Las joyas nunca se encontraban en las mismas tumbas que las armas, y por lo tanto parecía razonable suponer que tal diferencia respondía a categorías de género diferentes, pese a que otros objetos se asociaran con ambas categorías (1997: 157) y que pareciera haber más enterramientos con joyas que con armas. La comparación del análisis de los ajuares con el de los óseos produjo resultados inesperados: en la primera necrópolis —Heslerton— un 12,5% de los enterramientos con armas eran con toda seguridad o probablemente femeninos y en la segunda —Sewerby— un 15% de los que tenían joyas eran posiblemente masculinos (1997: 161). Esto significa que la obvia dicotomía entre armas y joyas no demarcaba identidad de género, por lo que Lucy sugirió que quizá simbolizara linajes o afiliaciones culturales o —en mi interpretación— étnicas.

Otros ejemplos de cómo la asignación habitual de ajuares puede llevar a equívocos son los propuestos por Keith Matthews (1994) y por Trinidad Tortosa y la autora de este trabajo (1998). Keith Matthews (1994) explica el así considerado hallazgo inusual de un brazalete en una tumba masculina —la inhumación 179 de la necrópolis romana de Cirencester— como una prueba de la homosexualidad del enterrado, algo que ningún arqueólogo o arqueóloga había propuesto antes. Por su parte con Trinidad Tortosa (1998) argumenté que es necesario tener en cuenta que otro tipo de identidades como la de estatus pueden tener gran importancia a la hora de elegir los objetos que han de acompañar al fallecido/a a la tumba. Uno de los casos que consideramos fue el de la tumba más opulenta encontrada en la necrópolis ibérica de Baza, fechada en el siglo III y caracterizada por la presencia de una gran escultura representando a una mujer sedente y por un ajuar en que se encuentran —entre otros objetos— armas. Los presupuestos sobre el género de la arqueología tradicional llevaron a los excavadores a atribuirla a un hombre pero, para sorpresa de todos y todas, los resultados de los análisis de las cenizas ofrecieron una conclusión opuesta, puesto que indicaban que la enterrada era una mujer, conclusión que todavía no ha sido totalmente aceptada por los expertos/as, una resistencia que parece estar conectada con la creencia del menor estátus percibido para ellas en el mundo ibérico. Nosotras propusimos, sin embargo, que el análisis de otras necrópolis y de las esculturas provenientes de templos demuestra que en la sociedad ibérica las mujeres de alto estátus habían conseguido manipular el código iconográfico para representarse como poderosas, apropiándose no sólo de los símbolos reservados para representar a la divinidad —iconografía de una mujer sentada— sino también de aquéllos masculinos para representar estátus masculino —armas.

Ambos ámbitos se encontraban en la tumba de la Dama de Baza. De ser nuestra hipótesis cierta, Baza sería un caso semejante a los discutidos por Bettina Arnold (1991) para los enterramientos de la Edad del Hierro alemán y francés de Stuttgart-Bad Cannstatt y de Vix.

Por último varios autores/as dentro de la arqueología del género han considerado las necrópolis como áreas de representación social y han analizado las reglas que normalizan la localización, orientación y posición del cuerpo enterrado dependiendo del género al que pertenece el individuo. Esto, que ha sido ampliamente estudiado en la antropología (Lyons, 1991), se ha empezado a demostrar también en la arqueología, siendo un ejemplo de ello las costumbres funerarias prehistóricas en gran parte de Europa central y oriental (Bolen, 1991: 402; Chapman, 1997; Damm, 1991; Lucas, 1996: 102, 110).

Género y poder

La arqueología tradicional ha defendido la jerarquía de género entre hombres y mujeres como una característica natural del ser humano. Fue el evolucionismo social del siglo XIX el primero en teorizar esta hipótesis defendiendo que, de forma paralela a la supuesta evolución de la sociedad desde su infancia en el salvajismo a su madurez en la civilización pasando por la barbarie (Jones, 1992; Morgan, 1877), la menor inteligencia y disposición a trabajar (características que se asumían como ciertas para los salvajes) de las mujeres las colocaba en la infancia de la humanidad. Estas ideas aplicadas al desarrollo socio-religioso llevaron a determinados pensadores como Johann Barchofen (1861 (1967)) a proponer un matriarcado original con un culto a una deidad femenina (la diosa madre) del que evolucionaría el más desarrollado patriarcado que caracterizaba a las sociedades más avanzadas (Russell, 1993: 93). La visión de las mujeres como pasivas y secundarias se encuentra todavía en publicaciones no tan antiguas como la de Sacks quien en 1982 afirmaba que «los hombres hacen cultura, las mujeres hacen niños» (Sacks, 1982) y aún en otras más recientes.

Tras el evolucionismo otras teorías hipotetizaron sobre la diferencia de género. Para el materialismo cultural, la supremacía masculina y su instituticionalización «surgió como producto de la guerra, del monopolio masculino sobre las armas, y como el uso del sexo para simbolizar personalidades masculinas agresivas» (Harris, 1977: 81). Para Harris, la guerra y el sexismo dejarían de practicarse en el momento en que se suplieran sus funciones productivas, reproductivas y ecológicas por otras alternativas menos costosas (1977: 97). La base de esta teoría se fundamentaba en la pretendida inferioridad femenina supuestamente comprobada por una investigación

antropológica neutral (ver Nelson, 1997: 141-7 para lo referente a la teoría del «Big Man»). Sin embargo, el análisis historiográfico de ésta última ha llevado a denunciar la existencia de argumentaciones de tipo circular, por la que los antropólogos concluían lo que en realidad habían tomado como base de sus investigaciones.

También en arqueología se ha asumido como cierta la asimetría de las relaciones entre los géneros para todo tipo de periodos incluyendo los más antiguos. Para el Paleolítico superior, por ejemplo, se conjeturó que las mujeres (y no los hombres) eran objeto de intercambio entre grupos creando así redes de alianzas. No hay dato ninguno en el Paleolítico, sin embargo, que permita sostener tal hipótesis (ni la contraria de que fueran los hombres los que fueran objeto de intercambio), ni siquiera la de una jerarquía desigual entre los géneros, puesto que solamente en todo caso se podría proponer que fue en este momento en el que se produjo una diferenciación de éstos (Whelan, 1991: 361-2). No obstante, diferenciación no supone jerarquía, puesto que la complementaridad de género es también una alternativa que debe contemplarse y discutirse.

Levy (1999), siguiendo a Crumley (1979), ha propuesto el concepto de heterarquía, que supone que la regulación de jerarquías de poder en cada grupo puede ser situacional y en realidad sostener jerarquías de poder por así decirlo paralelas y simultáneas (Levy, 1999: 63). Es decir, el poder puede tener múltiples dimensiones y no sólo una, como la arqueología tradicional ha supuesto. Como esta autora explica, teniendo en cuenta la categorización de poder propuesta por Wolf (1990), las interpretaciones arqueológicas se han concentrado en la cuarta de ellas, el poder que estructura la macroeconomía política que «conforma el campo social de acción para hacer posibles determinadas formas de comportamiento posible haciendo otras menos posibles o directamente imposibles» (Wolf, 1990: 587 en Levy, 1999: 72). Pero incluso en relación a este tipo de poder, el sesgo androcéntrico ha favorecido a la categoría de género masculina en oposición a otras. Una revisión de fuentes de tipo histórico y de otros tipos, sin embargo, apunta a la existencia en algunos casos de mujeres en la cúspide del poder político (Trocooli, 1999)[9]. Una vez superado el sesgo androcéntrico, este tipo de mujeres con poder han comenzado a aparecer en el registro arqueológico (Nelson, 1997: 139-141, 147-8; Spencer-Wood, 1999: 176). De hecho, como apunta Ruth Trocolli (1999: 54), en algunas sociedades americanas se

9. O como guerreras, pero véase la discusión en Fernández-Posse (2000: 158) matizando la información sobre este particular en las fuentes clásicas y su crítica a las interpretaciones posteriores.

considera que, por su carácter, las mujeres son ideales para el liderazgo (aunque no todo investigador o investigadora acordaría con ella en su implicación de que estas características femeninas son naturales y universales). Además de haber podido tener el poder político —o como alternativa a éste— Tracy Sweely nos recuerda que algunas mujeres han podido detentar el espiritual (Sweely, 1999: 169).

Los otros tres tipos de poder considerados por Wolf (1990) se pueden relacionar con el «poder sobre» (*power over*) del que hablan Shanks y Tilley (Shanks y Tilley, 1987: 129). Estos son, en primer lugar, el poder como un atributo de la persona, enfatizando su capacidad extraordinaria para una actividad concreta; en segundo lugar, poder como habilidad de un individuo de imponerse sobre otro en la acción social y en las relaciones interpersonales; y tercero, el poder organizativo o táctico que controla las condiciones en las que van a tener lugar las interacciones (Trocolli, 1999: 72). Algunos autores y autoras han apuntado a la existencia de estos tipos de poder en sociedades del pasado que hacen el tradicional y asumido monopolio masculino del poder como poco probable, al menos como norma. Por ejemplo las mujeres aztecas, a pesar de vivir en una sociedad dominada por los hombres a nivel político, controlaban la producción casera y la reproducción sexual manteniendo para ello una simbolización religiosa propia (Brumfiel, 1996: 145; McCafferty y McCafferty, 1999). El uso doméstico de estatuillas femeninas, defiende Elizabeth Brumfield (1996: 157), contestaría a un nivel doméstico la misoginia expresada en la escultura azteca monumental y en la pintura en manuscritos.

Como ya he argumentado, la jerarquía de género se ha asumido más que demostrado en muchos casos. Incluso para periodos como la Edad Media en la que es evidente que los hombres dominaban en la esfera política, la forma en la que esto se ha trasladado a las interpretaciones arqueológicas ha sido en ocasiones demasiado simplista. Roberta Gilchrist (1997) explica, por ejemplo, cómo la segregación entre hombres y mujeres en las necrópolis se ha correlacionado con un supuesto menor estátus femenino a pesar de que los datos realmente no sostuvieran tal interpretación sino que simplemente indicaran que a mujeres y a hombres se les trataba de forma diferente. En realidad en ciertas ocasiones si no se encuentran enterramientos masculinos en algunos cementerios es porque éstos no se permitían dado la advocación femenina del cementerio a la Virgen o a una santa. Así mismo esta autora explica que en menor número de mujeres en los cementerios de las primeras ciudades medievales puede asociarse a la escasez de éstas en ellas, debido a que la actividad mercantil era principalmente un oficio masculino (Gilchrist,

1997: 45) (pero compárese esta afirmación con lo expresado en este artículo más arriba en el apartado sobre actividades económicas).

En resumen

En este artículo he definido el género como la propia adscripción (es decir la propia identificación) de un individuo y la adscripción por otros a una o varias categoría(s) de género específica(s) sobre la base de la diferencia sexual socialmente percibida. Muy al contrario de lo que la arqueología ha asumido tradicionalmente, el género no es un concepto universal y atemporal, puesto que se halla en continuo cambio y está sometido a una incesante negociación entre todos los miembros de todas las categorías de género. Esto implica que el significado de género se construye de una forma social y cultural y una revisión somera de otros grupos humanos muestra una variación probablemente inesperada a muchos arqueólogos/as enfrentados por primera vez a este tema, en cuanto a la forma en cómo el conjunto de los individuos de cada sociedad se puede subdividir de acuerdo con la identidad de género. En mi opinión, sin embargo, la arqueología —así como la antropología o la sociología, etc— de género, se ha quedado corta en cuanto a la forma en cómo se conciben las categorías de género. He propuesto en este trabajo que existe una multidimensionalidad de éstas, de manera que cada individuo puede pertenecer a más de una de ellas. Por ejemplo, las niñas y las mujeres adultas se perciben a sí mismas como mujeres, pero lo que se espera de ellas es diferente. Esto lleva a que podamos establecer dos tipos de categorías, la de mujeres en general y otras dos a otro nivel de mujeres adultas y niñas. El número de categorías puede incluso aumentar tomando en consideración otros factores como la importancia de las prácticas sexuales, etc. Lo importante para la arqueología es que cada nivel de categoría de género tendrá una forma particular de emplear la cultura material.

Una de las críticas más fáciles de hacer a la arqueología tradicional es el evidente sesgo androcéntrico con el que se han visto teñidas las interpretaciones sobre el pasado. Visto con ojos de principios del siglo XXI es patente que la mayoría de las veces las opiniones vertidas tenían —y siguen teniendo en muchos casos— más que ver con el contexto de género de los propios arqueólogos y arqueólogas que con el que pudiera haber existido en el pasado. La inclusión de una discusión sobre el género sobre la base de los fundamentos sugeridos en este trabajo y en muchos otros que he ido citando a lo largo del mismo es, a mi entender, absolutamente urgente. Es necesario, sin embargo, tener cierta cautela en las posibilidades que tiene la arqueología. No podemos negar que ésta tiene problemas serios de acceso a

los datos sobre el género (y mi propuesta sobre la multidimensionalidad de las categorías de género no hace las cosas más fáciles). Se pueden seguir dos métodos, en todo caso indirectos y llenos de problemas, para adscribir a los individuos y a su cultura material a categorías concretas de género. El primero es a través de los datos sobre sexo, ya sea analizando restos humanos o representaciones humanas (tema este último que sólo he tratado de refilón en este trabajo). El segundo estudio es el de la cultura material que, afortunadamente para la arqueología, cumple un papel fundamental en la estructuración de las relaciones de género. Como ya he adelantado, el repaso ofrecido en este artículo de cómo la arqueología tradicional ha empleado ambos métodos ha resaltado la pertinaz presencia de un sesgo masculino que ha deformado las interpretaciones. He expuesto, espero que con acierto, cómo los diversos autores/as que han propuesto explicaciones alternativas inspiradas en arqueología del género han logrado un marcado enriquecimiento de la visión sobre el pasado alcanzada previamente. Por último, he resaltado cómo la identidad de género confluye con todos los otros tipos de identidades, con la religiosa, étnica, de estátus y sobre todo con la de la edad y cómo el análisis de todo ello es esencial para una interpretación más ajustada de lo que ocurrió en el pasado, objetivo que es, al fin y al cabo, prioritario en el quehacer arqueológico y al que todos y todas, con los límites impuestos por la naturaleza de nuestra disciplina, deberíamos aspirar.

Bibliografía

ARGELES GARCÍA, M.ª Carmen; BÓVEDA FERNÁNDEZ, Mª José; GÓMEZ SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Elisa y VILASECO VÁZQUEZ, Xosé. «A muller: ¿sexo secundario?», *Gallaecia*, 17 (1998), pp. 471-480.

ARGELÉS GARCÍA, Teresa; PIQUÉ, Raquel y VILA, Assumpcio «La importancia de llamarse hombre en Prehistoria», *Revista de Arqueología*, 121 (1991), pp. 6-9.

ARNOLD, Bettina. «The deposed princess of Vix: the need for an engendered European prehistory», en WALDE, Dale y WILLOWS, Noreen (eds.) *The Archaeology of Gender*. Calgary, The University of Calgary, 1991, pp. 366-374.

BACHOFEN, Johann Jacob. *Myth, Religion and Mother Right. Selected Writings*. trans. Bollingen Series 84. Princeton, Ralph Mannheim, 1967.

BARNDON, Randi. «Iron working and social control: the use of anthropomorphic symbols in recent and past East African contexts», *K.A.N.* 22-23 (1999), pp. 59-76.

BENN, Stanley y GAUSS, Gerald. «The Public and the Private: Concepts and Action», en BENN, Stanley y GAUSS, (eds.) *Public and Private in Social Life*. New York: St Martins Press, 1983, pp. 3-27.

BERTELSEN, Rerdar, LILLEHAMMER, Arnvid y NAESS, Jenny-Rita (eds.) *Were they all men? An examination of sex roles in prehistoric society. Proceedings from a workshop held in utstein kloster, rogaland 2-4 nov. 1979*. Stavanger, Arkeologisk Museum i Stavanger, 1997.

BEVAN, Lynne. «Skin scrapers and pottery makers? 'Invisible' women in prehistory», en MOORE, Jenny y E. SCOTT, Eleanor (eds.) *Invisible people and processes. Writing gender and Childhood into European Archaeology*. Leicester, Leicester University Press, 1997, pp. 81-87.

BIRD, Caroline F.M. «Woman the toolmaker: Evidence for women's use and manufacture of flaked stone tools in Australia and New Guinea», en DuCROS, Hillary y SMITH, Laurejane (eds.) *Women in Archaeology. A Feminist Critique*. Canberra, The Australian National University, 1993, pp. 22-30.

BOESCH-ACHERMANN, Hedwige y BOESCH, Christopher. «Hominization in the rainforest: The chimpanzee's pieze of the puzzle», *Evolutionary Anthropology* 3 (1), (1994), pp. 9-16.

BOLEN, Kathleen M. «Changing gender roles at the Gatherer-Hunter transition to farmer», en WALDE, Dale y WILLOWS, Noreen (eds.) *The Archaeology of Gender*. Calgary, The University of Calgary, 1991, 400-405.

BOLEN, Kathleen M. «Prehistoric Construction of Mothering», en CLAASEN, Cheryl (ed.) *Exploring gender through archaeology. Selected papers from the 1991 Boone Conference.* Monograph in World Archaeology 11. Madison, Prehistory Press, 1992, pp. 49-62.

BRIDGES, Patricia S. «Changes in Activities with the Shift to Agriculture in the Southeastern United States», *Current Anthropology*, 30 (1989), pp. 385-394.

BRUHNS, Karen Olsen «Sexual Activities: Some Thoughts On The Sexual Division of Labor And Archaeological Interpretation», en WALDE, Dale y WILLOWS, Noreen (eds.) *The Archaeology of Gender*. Calgary: The University of Calgary, 1991, pp. 420-429.

BRUMFIEL, Elizabeth M. «Weaving and Cooking: Women's Production in Aztec Mexico», en GERO, Joan y CONKEY, Margaret W. (eds.) *Engendering archaeology*. Oxford, Blackwell, 1991, pp. 224-254.

BRUMFIEL, Elizabeth M. «Figurines and the Aztec State: Testing the Effectivenes of Ideological Domination», en WRIGHT, Rita P. (ed.) *Gender and Archaeology*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1996, pp. 143-166.

CABRERA, Paloma «Las identidades peligrosas. La imagen de la mujer en Emporion a través de la iconografía cerámica?' en GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma (ed.) *Espacios de género en arqueología*. Arqueología Espacial 22. Teruel, Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, 2000, pp. 123-142.

CHAPMAN, John. «Changing gender relations in the later prehistory of Eastem Hungary», en MOORE, Jenny y E. SCOTT, Eleanor (eds.) *Invisible people and processes. Writing gender and Childhood into European Archaeology*. Leicester: Leicester University Press, 1997, pp. 131-149.

CHILDE, Vere Gordon. «The Lausitz Culture», *Antiquity*, 2 (1928), pp. 37-42.

CHILDE, Vere Gordon. *Man Makes Himself*. New York, New American Library, 1951.

CLAASEN, Cheryl (ed.) *Women in Archaeology*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1994

CLAASEN, Cheryl «Gender, Shellfishing, and the Shell Mound Archaic», en GERO, Joan y CONKEY, Margaret W. (eds.) *Engendering archaeology*. Oxford, Blackwell, 1991, pp. 276-300.

COHEN, Mark Nathan y BENNETT, Sharon «Skeletal Evidence For Sex Roles And Gender Hierarchies In Prehistory», en HAYS-GILPIN, Kelley y WHITLEY, David S. (eds.) *Reader in Gender Archaeology*. London: Routledge, 1998, pp. 297-318.

Conkey, M.W. (1986) 'TITLE? CHECK ARTICLES IN OFFICE', .

CONKEY, Margaret W. «Contexts of Action, Contexts from Power: Material Culture and Gender in the Magdalenian», in GERO, Joan y CONKEY, Margaret W. (eds.) *Engendering archaeology*. Oxford, Blackwell, 1991, pp. 57-92.

CONKEY, Margaret W. «Paleovisions: Interpreting the Imagery of Ice Age Europe», in SCOTT, Susan C. (ed.) *The Art of Interpreting*. Papers in Art History. Philadelphia, Pennsylvnia State University, 1996, pp. 10-29.

CONKEY, Margaret W. y SPECTOR, Janet. «Archaeology and the study of gender», en Michael B. Schiffer (ed.) *Advances in Archaeological Method and Theory*. New York, Academic Press, 1984, vol. 7, pp. 1-38.

CONKEY, Margaret W. y TRINGHAM, Ruth T. «Cultivar el pensamiento para desafiar a la autoridad: algunos experimentos de pedagogía feminista en arqueología», en COLOMER, Laia, GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma, MONTÓN, Sandra y PICAZO, Marina (eds.) *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultural material en arqueología*. Barcelona, Icaria, 1999, pp. 289-322.

COUDART, Anick. «Archaeology of French Women and French Women in Archaeology», en DIAZ-ANDREU, Margarita y SØRENSEN, Marie Louise (eds.) *Excavating Women. A History of Women in European Archaeology*. London. Routledge, 1998, pp. 61-85.

CRUMLEY, Carole L. «Three Location Models: An Epistemological Assessment for Anthropology and Archaeology», in SCHIFFER, Michael B. (ed.) *Advances in Archaeological Method and Theory*, 2 (1979) New York, Academic Press, pp. 141-173.

CURIÀ, Elisenda y MASVIDAL, Cristina. «El grup domèstic en arqueologia: noves perspectives d'anàlisi», *Cypsela*, 12 (1998), pp. 227-236.

CUSACK, Carole y CAMPBELL, Gary. «Women and postgraduate education: Problems and predictions', en DuCROS, Hillary y SMITH, Laurejane (eds.) *Women in Archaeology. A Feminist Critique*. Canberra, The Australian National University, 1993, pp. 232-236.

DAHLBERG, Frances (ed.) *Woman the Gatherer*. New Haven, Yale University Press, 1981.

DAMM, Charlotte. «From burials to gender roles: problems and potentials in post-processual archaeology», en WALDE, Dale y WILLOWS, Noreen

(eds.) *The Archaeology of Gender*. Calgary, The University of Calgary, 1991, pp. 130-135.

DEHEJIA, Vidya. (ed.) *Representing the body: gender issues in Indian art*. New Delhi, Kali for Women Press, 1997

DÍAZ-ANDREU, Margarita. «Ethnicity and Iberians. The archaeological crossroads between perception and material culture», *European Journal of Archaeology*, 2 (2), (1998a), pp. 199-218.

DÍAZ-ANDREU, Margarita. «Iberian post-palaeolithic art and gender: discussing human representations in levantine art», *Journal of Iberian Archaeology*, 0, (1998b), pp. 33-51.

DÍAZ-ANDREU, Margarita. «Identità di genere e archeologia: una visione di sintesi [Gender identity and archaeology: a synthesis]», en TERRENATO, Nicola (ed.) *Archeologia Teorica*. Firenze, Insegna del Giglio, 2000, pp. 361-388.

DÍAZ-ANDREU, Margarita y SØRENSEN, Marie Louise (eds.) *Excavating Women. A History of Women in European Archaeology*. London, Routledge, 1998.

DÍAZ-ANDREU, Margarita y TORTOSA, Trinidad. «Gender, Symbolism and Power in Iberian Societies», en FUNARI, Pedro Paulo, HALL, Martin y JONES, Sian (eds.) *Historical Archaeology. Back from the Edge*. London, Routledge, 1998, pp. 99-121.

DOBRES, Marcia-Anne. «Gender and Prehistoric Technology: On the Social Agency of Technical Strategies», *World Archaeology*, 27 (1), (1995), pp. 51-66.

DOMMASNES, Liv Helga «Feminist archaeology: critique or theory building», en BAKER, Frederich y THOMAS, Julian (eds.) *Writing the Past in the Present*. Lampeter, Saint David's University College, 1990, pp. 24-31.

DONLON, Denise. «Imbalance in the sex ratio in collections of Australian Aboriginal skeletal remains», en DuCROS, Hillary y SMITH, Laurejane (eds.) *Women in Archaeology. A Feminist Critique*. Canberra, The Australian National University, 1993, pp. 98-103.

DOWSON, Thomas «Homosexualitat, teoria *queer* i arqueologia», *Cota Zero*, 14, (1998), pp. 81-87.

DOWSON, Thomas. «Queer theory and feminist theory: towards a sociology of sexual politics in rock art research», en HELSKOG, Knut (ed.) *Theoretical perspectives in Rock Art Research*. Oslo, Novus forlag (The Institute for Comparative Research in Human Culture), 2001, pp. 312-329.

DuCROS, Hilary «Female skeletons in the closet: a historical look at women in Australian archaeology», en DuCROS, Hillary y SMITH, Laurejane (eds.) *Women in Archaeology. A Feminist Critique*. Canberra, The Australian National University, 1993, pp. 239-244.

ENGELSTAD, Ericka. «Feminist Theory and Post-Processual Archaeology», en WALDE, Dale y WILLOWS, Noreen (eds.) *The Archaeology of Gender*. Alberta, The University of Calgary Archaeological Association, 1991, pp. 116-120.

ESCORIZA MATEU, Trinidad. *La representación del cuerpo femenino. Mujeres y arte rupestre levantino del arco mediterráneo de la Península Ibérica*. BAR International Series 1082. Oxford, Archaeopress, 2002.

ESTIOKO-GRIFFIN, Agnes y GRIFFIN, P. Bion. «Woman the Hunter: the Agta», en DAHLBERG, Frances (ed.) *Woman the Gatherer*. New Haven, Yale University Press, 1981, pp. 121-152.

FERNÁNDEZ-POSSE, Maria D.olores «La mujer en la cultura castreña astur», en GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma (ed.) *Espacios de género en arqueología*. Arqueología Espacial 22. Teruel: Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, 2000, pp. 143-160.

FRANKEL, David «Is this a trivial observation? Gender in prehistoric Bronze Age Cyprus», en DuCROS, Hillary y SMITH, Laurejane (eds.) *Woman in Archaeology. A Feminist Critique*. Canberra, The Australian National University, 1993, pp. 138-142.

GERO, Joan M. «Gender bias in archaeology: a cross-cultural perspective», in GERO, Joan M., LACY, David y BLAKEY, Michael (eds.) *The sociopolitics of archaeology*. Research Report 23, Amherst, University of Massachusetts, 1983, pp. 51-57.

GERO, Joan M. «Genderlithics: Women's Roles in Stone Tool Production», in GERO, Joan y CONKEY, Margaret W. (eds.) *Engendering archaeology*. Oxford, Blackwell, 1991, pp. 163-193.

GILCHRIST, Roberta. *Gender and material culture. The archaeology of religious women*. London, Routledge, 1994.

GILCHRIST, Roberta. «Ambivalent bodies: gender and medieval archaeology», in MOORE, Jenny y E. SCOTT, Eleanor (eds.) *Invisible people and processes. Writing gender and Childhood into European Archaeology*. Leicester, Leicester University Press, 1997, pp. 42-58.

GILCHRIST, Roberta. *Gender and Archaeology: Contesting the Past*. London, Routledge, 1999.

GILMAN, Antonio. «Explaining the Upper Palaeolithic Revolution», en SPRIGGS, Matthew (ed.) *Marxist Perspectives in Archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press, 1984, pp. 115-126.

GIMBUTAS, Marija. *The Goddesses and Gods of Old Europe: Myths and Cult Images*. London, Thames and Hudson, 2nd edition, 1982.

GIMBUTAS, Marija. *The Language of the Goddess*. San Francisco, Harper, 1989

GÓMEZ-MORENO, Manuel. *La novela de España*. La Vela Latina/Historia. Madrid: Ediciones Júcar, 1974.

GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma. «Mujeres, espacio y arqueología. Una primera aproximación desde la investigación española», en GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma (ed.) *Espacios de género en arqueología*. Arqueología Espacial 22. Teruel, Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, 2000, pp. 11-22.

GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma y SANAHUJA YLL, Mª Encarnación «Significación de los estudios sobre las mujeres: sus implicaciones', *Primera trobada «Dona i discurs científic» 10-11 decembre 1987. Seminari in-*

terdisciplinar d'investigació feminista. Universitat de València.: Original manuscript in the Instituto de la Mujer (Madrid), 1987.

GORMAN, Alice. «Gender, labour and resources: the female knappers of the Andaman Islands», en BALME, Jane y BECK, Wendy (eds.) *Gendered Archaeology*. Canberra, Research School of Pacific Studies, The Australian National University, 1995, pp. 87-91.

GRIÑÓ, Beatriz. «Imagen de la mujer en el mundo ibérico», en OLMOS, Ricardo; TORTOSA, Trinidad y IGUÁCEL, Pilar (eds.) *La sociedad ibérica a través de la imagen*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1992, pp. 194-205.

HANDSMAN, Rusell. «Whose art was found at Lepenski Vir? Gender relations and power in archaeology», en GERO, Joan y CONKEY, Margaret W. (eds.) *Engendering archaeology*. Oxford, Blackwell, 1991, pp. 329-369.

HARRIS, Marvin. (ed.) *Cannibals and Kings: The Origins of Cultures*. New York, Random House, 1977.

HASTORF, Christine A. «Gender, Space, and Food in Prehistory», en GERO, Joan y CONKEY, Margaret W. (eds.) *Engendering archaeology*. Oxford, Blackwell, 1991, pp. 132-162.

HAWKES, Christopher y HAWKES, Jacquetta. *Prehistoric Britain*. Harmondsworth, Penguin Books, 1943.

HAWKES, Jacquetta. *El origen de los dioses. Las maravillas de Creta y Micenas*. Barcelona-Madrid, Noguer, 1968.

HAYS-GILPIN, Kelley y WHITLEY, David. «Introduction to part III: Identifying «sexual» divisions of labor», en HAYS-GILPIN, Kelley y WHITLEY, David (eds.) *Reader in Gender Archaeology*. London, Routledge, 1998, pp. 139-143.

HINGLEY, Richard. «Domestic organization and gender relations in Iron Age and Romano-British Household», en SAMSON, Ross (ed.) *The Social Archaeology of Houses*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 1990, pp. 23-43.

HODDER, Ian (ed.) *Symbolic and structural archaeology*. New Directions in Archaeology. Cambridge, Cambridge University Press, 1982a.

HODDER, Ian. *Symbols in action. Ethnoarchaeological studies of material culture*. Cambridge, Cambridge University Press, 1982b.

HODDER, Ian. «Burials, houses, women and men in the European Neolithic», en MILLER, Daniel y TILLEY, Christopher (eds.) *Ideology and social change*. New Directions in Archaeology. Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 51-68.

HODDER, Ian. *Reading the Past*. Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

HODDER, Ian. (ed.) *The Domestication of Europe*. Oxford, Blackwell, 1990.

HURCOMBE, Linda «A viable past in the pictorial present?», en MOORE, Jenny y E. SCOTT, Eleanor (eds.) *Invisible people and processes. Writing gender and Childhood into European Archaeology*. Leicester, Leicester University Press, 1997, pp. 15-24.

JACKSON, Thomas L. «Pounding Acorn: Women's Production as Social and Economic Focus», en GERO, Joan y CONKEY, Margaret W. (eds.) *Engendering archaeology*. Oxford, Blackwell, 1991, pp. 301-328.

JARVENPA, Robert y BRUMBACH, Hetty Jo «Ethnoarchaeology and gender: Chipewyan woman as hunters», *Research in Economic Anthropology*, 16, (1995), pp. 39-82.

JOCHIM, Michael. «Palaeolithic cave art in Ecological perspective», en BAILEY, Geoff (ed.) *Hunter-Gatherer Economy in Prehistory*. Cambridge, Cambridge University Press, 1976, pp. 212-9.

JOHNSON, Matthew H. *Archaeological Theory: An Introduction*. Oxford, Blackwell, 1999.

JONES, Rhys. «Philosophical time travellers», *Antiquity*, 66 (1992), pp. 744-57.

JONES, Sian y PAY, Sharon «El legado de Eva», en COLOMER, Laia, GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma, MONTÓN, Sandra y PICAZO, Marina (eds.) *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultural material en arqueología*. Barcelona, Icaria, 1999, 323-340.

KÄSTNER, Sybille «Rund um Geschlecht. Ein Überblick zu feministischen Geschlechtertheorien und deren Anwendung auf die archäologischen Forschung», en KARLISCH, Sigrun; KÄSTNER, Sybille y MERTENS, Eva-Maria (eds.) *Vom Knochenmann zur Menschenfrau. Feministische Theorie und archüologische Praxis*. Münster, Verlag, 1997, pp. 13-29.

KEULS, Eva C. *The reign of the phallus: sexual politics in ancient Athens*. Berkeley, University of California Press, 1985.

KIMMEL, Michael (ed.) *Changing Men: New directions in Research on Men and Masculinity*. California, Sage, 1987.

KNAPP, A. Bernard. «Boys Will Be Boys: Masculinist Approaches to a Gendered Archaeology», en HAYS-GILPIN, Kelley y WHITLEY, David (eds.) *Reader in Gender Archaeology*. London: Routledge, 1998, pp. 365-373.

LEACOCK, Eleanor B. *Myths of Male Dominance: Collected Articles on Women Cross-Culturally*. New York, Monthly Review Press, 1981.

LEVY, Janet E. «Gender, power, and heterarchy in middle-level societies», en SWEELY, Tracy L. (ed.) *Manifesting Power. Gender and the Interpretation of Power in Archaeology*. London: Routledge, 1999, pp. 62-78.

LUCAS, Gavin M. «Of Death and Debt. A History of the Body in Neolithic and Early Bronze Age Yorkshire», *Journal of European Archaeology*, 4 (l996), pp. 99-118.

LUCY, Sam « Housewives, warriors and slaves? Sex and gender in Anglo-Saxon burials», en MOORE, Jenny y E. SCOTT, Eleanor (eds.) *Invisible people and processes. Writing gender and Childhood into European Archaeology*. Leicester, Leicester University Press, 1997, pp. 150-168.

LYONS, Diane. «The construction of Gender, Time and Space», en WALDE, Dale y WILLOWS, Noreen (eds.) *The Archaeology of Gender*. Calgary: The University of Calgary, 1991, pp. 108-114.

LYONS, Diane. 'The politics of house shape: round vs rectilinear domestic structures in Déle compounds, northern Cameroon', *Antiquity* ,70:268, (1996), pp. 351-367.

MacLEAN, Rachel. «Gendered Technologies and Gendered Activities in the Interlacustrine Early Iron Age», en KENT, Susan (ed.) *Gender in African*

Prehistory. Walnut Creek, London, New Delhi, AltaMira Press, 1998, pp. 163-178.

MANDT, Gro. «Vingen Revisited. A Gendered Perspective on «Hunters» Rock Art», *KVHAA Konferenser*, 40, (1998), pp. 201-224.

MARSHALL, Yvonne. «Who made the Lapita pots? A case of study in tender Archaeology», *Journal of the Polynesian Society*, 94:3 (1985), pp. 205-233.

MARTÍNEZ LÓPEZ, Cándida. «De Livia a feminae: romper el silencio de las mujeres en el mundo antiguo», *Los estudios sobre la mujer: de la investigación a la docencia. Actas de las VIII Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*. Madrid, Instituto Universitario de Estudios sobre la Mujer, Universidad Autónoma de Madrid, 1991, pp. 411-426.

MASVIDAL, Cristina, PICAZO, Marina y CURIÀ, Elisenda «Desigualdad política y prácticas de creación y mantenimiento de la vida en la Iberia septentrional», en GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma (ed.) *Espacios de género en arqueología*. Arqueología Espacial 20. Teruel: Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, 2000, pp. 107-122.

MATTHEWS, Keith. «An Archaeology of Homosexuality? Perspectives from the Classical world», en COTTAM, S.; DUNGWORTH, D.; SCOTT, S. y TAYLOR, J. (eds.) TRAC 94. *Proceedings of the Fourth Annual Theoretical Roman Archaeology Conference*. Durham 1994. Oxford, Oxford Books, 1994, pp. 118-132.

McBREARTY, Sally y MONIZ, Marc «Prostitutes or providers? Hunting, tool use, and sex roles in earliest Homo», en WALDE, Dale y WILLOWS, Noreen (eds.) *The Archaeology of Gender*. Calgary: The University of Calgary, 1991, pp. 71-82.

McCAFFERTY, Geoffrey y McCAFFERTY, Sharisse. «The metamorphosis of Xochiquetzal: a window on womanhood in pre-and post-conquest Mexico», en SWEELY, Tracy (ed.) *Manifesting Power. Gender and the Interpretation of Power in Archaeology*. London: Routledge, 1999, pp. 103-125.

McCAFFERTY, Sharisse y McCAFFERTY, Geoffrey «Spinning and Weaving as Female Gender Identity in Post-Classical Central Mexico', in SCHEVILL, Margot; BERLO, Janet y DWYER, Edward (eds.) *Textile traditions of Mesoamerica and the Andes*. New York: Garland, 1991, pp. 19-48.

McCAFFERTY, Sharisse y McCAFFERTY, Geoffrey «Powerful Women and the Myth of Male Dominance in Aztec Society», *Archaeological Review from Cambridge* 7:1 (1988), pp. 45-59.

McKELL, Sheila M. «An axe to grind: More ripping yarns from Australian Prehistory», en DuCROS, Hillary y SMITH, Laurejane (eds.) *Women in Archaeology. A Feminist Critique*. Canberra: The Australian National University, 1993, pp. 115-120.

MERRILLEES, Robert S. «Problems in Cypriote History», en ROBERTSON, Noel (ed.) *The Archaeology of Cyprus. Recent developments*. New Jersey: Noyes Press, 1975, pp. 15-38.

MOLLESON, Theya. y COX, Margaret *The Spitalfzelds Project, volume 2: the anthropology - the middling sort*. CBA Resarch Report 86. York, Council for British Archaeology, 1993.

MORGAN, Lewis H. *Ancient Society*. New York, World Publishing, 1877

MOSER, Stephanie «Gender stereotyping in pictorial reconstructions of human origins», en DuCROS, Hillary y SMITH, Laurejane (eds.) *Women in Archaeology. A Feminist Critique*. Canberra: The Australian National University, 1993, pp. 75-92.

MOSER, Stephanie. *Ancestral images. The iconography of human origins*. Stroud, Sutton, 1998.

MURDOCK, George y PROVOST, Caterina. «Factors in the division of labour by sex: A cross-cultural analysis», *Ethnology*, 12 (1973), pp. 203-225.

NANDA, Serena. «Neither Man nor Woman: the Hirjas of India», en BRETTELL, Caroline y SARGENT, Carolyn (eds.) *Gender in Cross-Cultural Perspective*. New York, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1994, pp. 175-179.

NANDA, Serena. 'Hirjas: an alternative sex and gender role in India', en HERDT, Gilbert (ed.) *Third Sex, Third Gender: Beyond Sexual Dimorphism in Culture and History*. New York: Zone Books, 1994, pp. 373-418.

NELSON, Sarah Milledge. *Gender in Archaeology. Analyzing Power and Prestige*. London: Altamira Press, 1997.

OAKLEY, Ann. *Sex, Gender, and Society*. London, Temple Smith and New Society, 1972.

OLARIA, Carmen «El arte y la mujer en la prehistoria», *Asparkía*, 6 (1996), pp. 77-94.

PALLARÉS, María. «Género y espacio social en arqueología», en GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma (ed.) *Espacios de género en arqueología*. Arqueología Espacial 22. Teruel, Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, 2000, pp. 61-92.

PANERA GALLEGO, Joaquín y RUBIO JARA, Susana (eds.) *Bifaces y Elefantes. La investigación del Paleolítico Inferior en Madrid*. Madrid: Museo Arqueológico Regional, 2002.

PARKER, Rozsika. *The subversive stitch. Embroidery and the making of the feminine*. London, The Women's Press, 1984.

PATEMAN, Carole. «Feminist Critiques of the Public/Private Dichotomy», en BENN, Stanley y GAUS, Gerald (eds.) *Public and Private in Social Life*. New York, St Martins Press, 1983, pp. 281-303.

PAULI, Ludwig. «Untesuchungen zur Spähallstattkultur in Nordwüttemberg: Analyse eines Kelinraumes im Grenzbereich zweier Kulturen», *Hamburger Beiträge zur Archäeologie*, 2:1 (1972), pp. 1-166.

QUEROL, M.ª Angeles. «El espacio de la mujer en el discurso sobre el origen de la humanidad», en GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma (ed.) *Espacios de género en arqueología*. Arqueología Espacial 22. Teruel, Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, 2000, pp. 161-173.

QUEROL, M.ª Angeles; DOMÍNGUEZ-RODRIGO, Manuel; M. Fernández, A. C. Lavín, C. Triviño y A. Yáñez 'Sobre palabras e ideas: el proyecto de investigación «La mujer en el origen del hombre»', en ALARÇAO, Jorge, A. Barbero, CARBONELL, Eduald; CORTADELLA, Jordi; DÍAZ-ANDREU, Margarita, A. Figueiredo, V. O. Jorge, J. Maier, MORA, Gloria; L. Oosterbeek, M. P. Reis, C. Stockler y G. Velho (eds.) *Historia, Teoria e pratica da Arqueología (Actas do 3o Congresso de Arqueología Penin-*

sular. Vol. I). Porto: Associação para o Desenvolvimento da Cooperação em Arqueología Peninsular, Universidade do Porto, 2000, 337-344.

REGA, E. «Age, gender and biological reality in the Early Bronze Age cemetery at Mokrin», en MOORE, Jenny y E. SCOTT, Eleanor (eds.) *Invisible people and processes. Writing gender and Childhood into European Archaeology*. Leicester, Leicester University Press, 1997, pp. 229-247.

RICE, Prudence. «Mujeres y producción cerámica en la prehistoria», en COLOMER, Laia, GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma, MONTÓN, Sandra y PICAZO, Marina (eds.) *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultural material en arqueología*. Barcelona: Icaria, 1999, pp. 215-232.

RICE, Prudence. «Prehistoric Venuses: Symbols of Motherhood or Womanhood», *Journal of Anthropological Research*, 37:4 (1981), pp. 402-416.

RINGROSE, Kathryn. M. «Living in the shadows: Eunuchs and Gender in Byzantium», en HERDT, Gilbert (ed.) *Third Sex, Third Gender: Beyond Sexual Dimorphism in Culture and History*. New York: Zone Books, 1994, pp. 85-110.

RISQUEZ CUENCA, Carmen y HORNOS MATA, Francisca. «Paseando por un museo y buscando el lugar de la mujer», en GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma (ed.) *Espacios de género en arqueología*. Arqueología Espacial 22. Teruel, Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, 2000, pp. 175-186.

ROBB, John. «Intentional tooth removal in Neolithic Italian women», *Antiquity*, 71 (1997), pp. 659-69.

ROMANOWICZ, Janet V. y WRIGHT, Rita P. «Gendered Perspectives in the Classroom», en WRIGHT, Rita P. (ed.) *Gender and Archaeology*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1996, pp. 199-223.

RUBIN, Gayle. «The traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex», en REITER, Rayna (ed.) *Toward and Anthropology of Women*. New York-London, Monthly Press, 1975, pp. 157-210.

RUSSELL, Pamela. «Men only? The myths about European Palaeolithic artists», en WALDE, Dale y WILLOWS, Noreen (eds.) *The Archaeology of Gender*. Alberta, The University of Calgary Archaeological Association, 1991, pp. 346-351.

RUSSELL, Pamela. «The Palaeolithic Mother-Godess: Fact or Fiction?», en DuCROS, Hillary y SMITH, Laurejane (eds.) *Women in Archaeology. A Feminist Critique*. Canberra, The Australian National University, 1993, pp. 93-98.

SACKS, Karen. *Sister and Wives*. Chicago, University of Chicago Press, 1982.

SANAHUJA, Mª Encarna. «Modelos explicativos sobre los orígenes y evolución de la humanidad», en LUNA, Lola (ed.) *Mujeres y sociedad. Nuevos enfoques teóricos y metodológicos*. Barcelona, Seminario Interdisciplinar Mujers y Sociedad. Universitat de Barcelona, 1991, pp. 149-166.

SANAHUJA, Mª Encarna *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Madrid, Cátedra, 2002.

SÁNCHEZ ROMERO, Margarita. «Mujeres y espacio de trabajo en el yacimiento de los Castillejos (Montefrío)», en GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma (ed.) *Espacios de género en arqueología*. Arqueología Espacial 22. Teruel, Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, 2000, pp. 93-106.

SCHMIDT, Peter. «Reading Gender in the Ancient Iron Technology of Africa», en KENT, Susan (ed.) *Gender in African Prehistory*. Walnut Creek, London, New Delhi, AltaMira Press, 1998, pp. 139-162.

SCOTT, Eleanor. «Introduction: On the incompleteness of archaeological narratives», en MOORE, Jenny y E. SCOTT, Eleanor (eds.) *Invisible people and processes. Writing gender and Childhood into European Archaeology*. Leicester, Leicester University Press, 1997, pp. 1-12.

SHANKS, Michael y TILLEY, Christopher. *Social Theory and Archaeology*. Cambridge, Polity Press, 1987.

SHANKS, Michael y TILLEY, Christopher. *Re-constructing Archaeology. Theory and Practice*. Cambridge, Cambridge University Press. 2nd edition, 1992.

SMALL, David B. «Initial study of the structure of women's seclusion in the archaeological past», en WALDE, Dale y WILLOWS, Noreen (eds.) *The Archaeology of Gender*. Calgary: The University of Calgary, 1991, pp. 336-344.

SMITH, Claire. «Female Artists: the Unrecognized Factor in Sacred Rock Art Production», en BAHN, Paul y ROSENFELD, A. (eds.) *Rock Art and Prehistory. Papers presented to symposium G of the AURA Congress, Darwin 1988*. Oxford: Oxbow Monograph 10. Oxbow, 1991, pp. 45-52.

SØRENSEN, Marie Louise. «Women As/And Metalworkers», en DEVONSHIRE, Amanda y WOOD, Barbara (eds.) *Women in Industry and Technology: from Prehistory to the Present. Current Research and the Museum Experience*. London, Museum of London, 1996, pp. 45-52.

SPARKES, Brian. «Sex in Classical Athens», en SPARKES, Brian (ed.) *Greek Civilization: an introduction*. Oxford, Blackwell, 1998, pp. 248-262.

SPECTOR, Janet D. y WHELAN, Mary K. «Incorporating Gender into Archaeology Courses», en MORGEN, Sandra (ed.) *Gender and Anthropology. Critical Reviews for Research and Teaching*. Washington, American Anthropological Association, 1989, pp. 65-94.

SPECTOR, Janet D. «Male/Female Task Differentiation Among The Hidatsa: Toward the Development of an Archaeological Approach to the Study of Gender», en ALBERTS, Patricia y MEDICINE, Beatrice (eds.) *The Hidden Half*. Washington, University Press of America, 1983, pp. 77-99.

SPECTOR, Janet D. «¿Qué significa este punzón?: Hacia una arqueología feminista», en COLOMER, Laia, GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma, MONTÓN, Sandra y PICAZO, Marina (eds.) *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultural material en arqueología*. Barcelona, Icaria, 1999, pp. 233-256.

SPENCER-WOOD, Susanne M. «Toward a feminist historical archaeology of the construction of gender», en WALDE, Dale y WILLOWS, Noreen (eds.) *The Archaeology of Gender*. Alberta: The University of Calgary Archaeological Association, 1991, pp. 234-244.

SPENCER-WOOD, Susanne M. «Gendering power», en SWEELY, Tracy L. (ed.) *Manifesting Power. Gender and the Interpretation of Power in Archaeology*. London, Routledge, 1999, pp. 175-183.

SPINDLER, Konrad. *Die Frühen Kelten*. Stuttgart, Reclam, 1983.

STAHL, Ann B. y CRUZ, Maria das Dores «Men and Women in a market Economy: Gender and Craft Production in West Central Ghana c. 1775-1995», en KENT, Susan (ed.) *Gender in African Prehistory*. Walnut Creek, London, New Delhi: AltaMira Press, 1998, pp. 205-226.

STALSBERG, Anne. «Women as actors in Northern European Viking Age Trade», en SAMSON, Ross (ed.) *Social Approaches to Viking Studies*. Glasgow, Cruithne Press, 1991, pp. 75-83.

STOLLER, Robert. *Sex and Gender*. London, Science House, 1968.

SWEELY, Tracy L. «Gender, space, people, and power at Cerén, El Salvador», en SWEELY, Tracy L. (ed.) *Manifesting Power. Gender and the Interpretation of Power in Archaeology*. London, Routledge, 1999, pp. 155-172.

TILLEY, Christopher. «Body Metaphors in Southern Scandinavian Rock Art», en TILLEY, Christopher (ed.) *Metaphor and Material Culture*. Oxford, Blackwell, 1999, pp. 133-173.

TOUGHER, Shaun F. «Byzantine Eunuchs: an overview, with special reference to their creation and origin», en JAMES, Liz (ed.) *Women, Men and Eunuchs: Gender in Byzantium*. London, Routledge, 1997, pp. 168-199.

TOUGHER, Shaun F. «Images of Effeminate Men: the Case of Byzantine Eunuchs», en HADLEY, Dawn (ed.) *Masculinity in Medieval Europe*. London, New York, Longman, 1999.

TREHERNE, Paul. «The Warrior's Beauty: The Masculine Body and Self-Identity in Bronze Age Europe», *Journal of European Archaeology*, 3:1 (1995), pp. 105-144.

TROCCOLI, Ruth. «Women leaders in native North American societies: invisible women in power», en SWEELY, Tract L. (ed.) *Manifesting Power. Gender and the Interpretation of Power in Archaeology*. London, Routledge, 1999, pp. 49-61.

VÁZQUEZ HOYS, Ana Maria. «La mujer en la epigrafía religiosa hispanoromana», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 9-10 (1980), pp. 107-150.

WADLEY, Lynn. «The Invisible Meat Providers: Women in the Stone Age of South Africa», en KENT, Susan (ed.) *Gender in African Prehistory*. Walnut Creek, London, New Delhi, AltaMira Press, 1998, pp. 69-82.

WALKER, Phillip L. y ERLANDSON, Jon M. «Dental Evidence for Prehistoric Dietary Change on the Northern Channel Islands, California», *American Antiquity*, 51 (1986), pp. 375-383.

WATSON, Patty Jo y KENNEDY, Mary C. «The Development of Horticulture in the Eastern Woodlands of North America: Women's Role», en GERO, Joan y CONKEY, Margaret W. (eds.) *Engendering archaeology*. Oxford, Blackwell, 1991, pp. 255-275.

WEBER, Carmen A. «The genius of the orangery: women and eighteenth century chesapeake gardens», en WALDE, Dale y WILLOWS, Noreen (eds.)

The Archaeology of Gender. Calgary: The University of Calgary, 1991, pp. 263-268.

WHELAN, Mary K. «Gender and Historical Archaeology: Eastern Dakota Patterns in the 19th century», *Historical Archaeology*, 25 (1991), pp. 17-32.

WIBER, Melanie G. *Erect men, undulating women: the visual imagery of gender, rate and 'progress' in reconstructive illustrations of human evolution*. Waterloo, Ontario, Wilfrid Laurier University Press, 1997.

WIESSNER, Polly. «Style and social information in Kalahari projectile points», *American Antiquity*, 48 (1983), pp. 253-276.

WOLF, Eric. «Distinguised letture: Facing Power - Old Insights, New Questions», *American Anthropologist*, 92 (1990), pp. 586-596.

WRIGHT, Rita P. «Tecnología, género y clase: mundos de diferencia en Mesopotamia durante el período de Ur III», en COLOMER, Laia, GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma, MONTÓN, Sandra y PICAZO, Marina (eds.) *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultural material en arqueología*. Barcelona, Icaria, 1999, pp. 173-214.

WRIGHT, Rita P. «Women's Labor and Pottery Production in Prehistory», en GERO, Joan y CONKEY, Margaret W. (eds.) *Engendering Archaeology*. Oxford, Blackwell, 1999, pp. 194-223.

WYLIE, Allison «La interacción entre las limitaciones de la evidencia y los intereses políticos: investigaciones recientes sobre el género», en COLOMER, Laia, GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma, MONTÓN, Sandra y PICAZO, Marina (eds.) *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultural material en arqueología*. Barcelona, Icaria, 1999, pp. 25-68.

YATES, Tim. 'Habitus and social space: some suggestions about meaning in the Saami (Lapp) tent ca. 1700-1900.», en HODDER, Ian (ed.) *The Meaning of Things. Material Culture and Symbolic Expression*. One World Archaeology 6. London, Unwin y Hyman, 1989, pp. 249-162.

YATES, Tim. «Frameworks for an Archaeology of the Body», en TILLEY, Christopher (ed.) *Interpretative Archaeology*. Oxford, Berg, 1993, pp. 31-72.

YENTSCH, Anne. «The Symbolic Divisions of Pottery: Sex-related Attributes of English and Anglo-American Household Pots», en PREUCEL, Robert W. y HODDER, Ian (eds.) *Contemporary Archaeology in Theory. A Reader*. Oxford, Blackwell, 1996, pp. 315-350